Poesías y Relatos cortos

Recopilación de obras ganadoras 2009–2015

El libreto que tiene en sus manos recoge la recopilación de las obras ganadoras de entre los años 2009 y 2015, del Concurso de relatos cortos y poesías de Gerena, que anualmente organiza el Área de Juventud del Ayuntamiento.

Un concurso que va cada año a más, con la participación de decenas de escritores de todo el territorio nacional, sobre todo en la categoría adultos, y con el que se pretende acercar al pueblo de Gerena, sobre todo a la población joven, la literatura y la poesía.

Así mismo, las fotografías que ilustran esta publicación, son obras finalistas y ganadoras del Maratón fotográfico "Pueblo de Gerena".

Disfruten!!

Edita; Ayuntamiento de Gerena - Área de Juventud.
Diseño y maquetación; Pedro González Vega.
Foto de portada; Alejandra Marín.

Manuel Alanís Núñez

Relatos Ganadores

Concurso de Relato corto y Poesía de Gerena

Recopilación 2009 - 2015

El mendigo del Puente Viejo

José Luís Martín Cobos
Categoría Adultos

Cada mañana, despertado por el gallo de humo que devora las calles, asoma el mendigo su ojo de pana vieja por la ventana torcida del amanecer."Todavía es invierno", susurra a su oído de estación olvidada, mientras despereza los sueños y sacude la niebla de su barba.

Afuera, el día se atisba azulado entre las sombras del puente; que ya deja caer alargadas siluetas hasta la blanca raíz de los nenúfares...

En el río, está fría el agua, y sucia... Apenas le sirve ya para verse en ese espejo líquido donde ondean los surcos de los años, donde navegan las cicatrices y se diluyen, abolladas, entre un horizonte de juncos y patos asustados.

Dentro, no hay mucho que ordenar en esta estancia de latón y yute desgastado. Si acaso, orear un puñadito de lluvia que se arracima en el pórtico de lona y apilar, en algún rincón entumecido, las ramas descuajadas por el viento de la noche... Para desayunar, achicoria negra en el puchero carcomido, y una colilla arrugada...

Ahora, ya está preparado el mendigo para pasear su oficio de cartón: de la mano, un viejo carro; detrás de sus tobillos de fango, un perro asustado al que aún le queda una pizca de luna en el rabo de su mirada; y en sus suelas, la brújula inconsciente de cada parada...¡Adelante! Sus ojos, sus tobillos de fango, su carro y su perro, se encaminan hasta el Puente Viejo: santo y seña de sus zapatos descompasados.

Es largo este puente, y se agita, en sus tripas de piedra, una muchedumbre de conciencias: por allí vienen dos estudiantes con cara de prisa, fumándose la última nicotina rescatada de una dilatada noche de teoremas y folios repasados. Cuelgan de sus brazos, zancadas que huyen detrás de alguna lección de primera hora o, quizá, de algún examen de última oportunidad...Detrás, embarcados en sus jornadas de fábrica,

unos obreros simplifican su existencia de hormigón, apostando su aburrimiento en el partido del domingo...En la otra baranda, alejado de su juventud (arrastrada corriente abajo), un viejo calcula la altura de su pensamiento...Más allá, cojeando sus oraciones matutinas, tres beatas señoras fondean, con sus dedos compasivos, en el desconfiado monedero...Y aquel niño, escupe al río todo su convencimiento de que nunca llegará a ser como ese sucio mendigo que casi le roza al pasar. Tampoco le gusta nada ese chucho tan feo...

Se acaba el puente. En las paredes de una casucha, reza con mayúsculas, una letanía descorchada. Más elevada, trasciende la luz por el quicio de las murallas...

Quedan ahora -alejados- los barrios sinuosos y sus manchas de arrabal; y domina -más atrás- la Alcazaba con sus almenas de gorriones; e irrumpen -atropellados- todos los ruidos en hileras desordenadas; y pide -con mirada de humo- el cigarro siempre prestado con volutas de compasión; y apadrina -solidario- cuantas miradas furtivas se le cruzan en la acera; y acaricia -con sombra de cal- el tibio sol del mediodía; y destapa -especulador de bolsa (de basura)- repletos contenedores de abundancia putrefacta; y llega -puntual reloj parado- hasta el curvo descanso bajo los árboles sin hojas, con un mendrugo de pan en su mueca de duermevela; y pasa -adormecido- las horas acolchadas y neutras (garabatea aconteceres en el lienzo onírico de la sinrazón: cree que navega, y sólo sueña con el mar. Cae, ingrávido, un copo negro en medio de la nevada. Suena, lejano, el viento en las verdes tardes del olvido. Derrite el sol la nata oscura de las sombras. Acuarela de luz en la espalda del crepúsculo y, más allá, una luna sin perfil. Salta el gris ventanal de la tristeza; se emociona con el limpio sentir de la niñez; se apunta a espiar, con mariposas y libélulas, tras el ondulado cristal de la infancia; colorea un columpio en arco iris con toda la lluvia otoñada. Vuela el delirio de los pájaros; una cometa es una góndola entre nubes. Se sienta sobre el musgo de la vieja piedra; medita, sin dimensión, el rango de su quietud.); y despierta -sobrecogido- atado al párpado confuso de una realidad acordonada...

Traspone la tarde por las empinadas esquinas del paisaje, y flota, con cadencia redonda y anaranjada, la invisible urgencia del regreso... Es momento de colectar su escudilla de huesos arqueados, hora de recoger sus ánimos de trapo. Ya está preparado el mendigo para volver con su oficio de cartón. Con él, arrimado al rastro de su cansancio, un perro casi anochecido chapotea los charcos con sus ojillos de estrellas mojadas.

Es largo este puente, y tropiezan, en el ángulo estático de sus siglos, todas las ausencias de una muchedumbre... Delante del crepúsculo caminan las conciencias; detrás, una enorme luna se asoma a la ciudad. Si aún tuviera ese mendrugo de pan pudriéndose en el bolsillo, el mendigo del Puente Viejo se inventaría que esa luna es un gigantesco queso caído de las alforjas de la noche...

Tránsito del Infierno

José Luís Nogales Delgado
Categoría Adultos

La luna es el gajo de limón que necesita este gin tonic para ser perfecto. Hace, como quien dice, dos días que dejé de beber calimocho, que abandoné los interminables paseos abúlicos que me conducían a ninguna parte, que mi vida estaba argumentada en amar a Belisa, la razón de mi sinrazón. Pero lo maravilloso de vivir radica en la insondable certeza de mañana, conocer que lo más nimio nos puede llevar a alcanzar el absoluto.

Ésa fue mi verdadera salvación, encontrar una chispa en lo más recóndito de mi conciencia que prendió la pólvora mojada de mi ilusión para seguir viviendo: la introspección, la meditación, sopesar la balanza de mis pensamientos y virarla hacia la luz.

Agradezco sinceramente a don Nicanor, el cura, que viniera a visitarme a mi casa. Sólo quiso agua mientras yo continuaba bebiendo whisky después de tres meses.

Antes de que intente decirme algo, don Nicanor, le diré que si dios existe no está aquí en mi casa.

Estás ofuscado por el sufrimiento, hijo mío, y esto que te está pasando no es más que una prueba que Dios nos pone en la vida.

Dejémoslo, don Nicanor, ni yo soy su hijo ni necesito que un dios me examine para poder vivir mi vida.

Gracias por su visita y déjeme estar solo, es lo que de verdad puede ayudarme. No me gustan los intermediarios porque siempre te cobran una comisión por sus servicios y en este caso tampoco me equivoco con don Nicanor: conoce mi patrimonio y, como todas las iglesias, necesita unos “arreglillos”.

Sólo he estado dos veces en la iglesia: una cuando murió mi madre, por respetar su catolicismo convencido y cumplir con su voluntad, y otra, cuando me casé con Belisa, como regalo a mi madre pero, sobre todo, por darle solemnidad a mi vida con ella; casarnos por el juzgado hubiera sido muy simple, una insulsa ceremonia de cinco minutos con el mismo parangón de una declaración en una comisaría por la comisión de un delito.

Y, sin embargo, puedo hablar con conocimiento de casa de lo que puede entenderse por infierno; más que cualquier cristiano o determinados teólogos. Mi madre siempre decía que el verdadero infierno estaba aquí en la tierra, y yo he transitado por su vertiente más alejada. Porque cuando la vida empezaba a sonreírme, había ido subiendo peldaños firmemente en mi calidad de vida, un hijo de puta, a quien nunca debieron dejar que subiera a su coche con tantísimo alcohol en su cuerpo, decidió estamparse contra el coche de Belisa cuando venía de una reunión de Cáritas. Y toda la firmeza de mis principios se vio barrenada en sus cimientos y se desmoronó en el vacío hasta hoy.

Tras reconocer el cadáver en el depósito y llorar con la fuerza de un cachalote herido, salí precipitadamente en busca del sujeto que destrozó mi vida, con a sana razón vengativa de matarlo con mis débiles manos; pero al verlo ante mí, me desplomé llorando incapaz de contrarrestar el dolor ingente de millones de voltios que electrocutaba mi cuerpo. Comprendí que nada taponaría mi desdicha.

Y, a pesar de todo, sin asidero alguno y desnortado he decidido seguir viviendo: pues en estos momentos de soledad, introspectivos, en que me sobra el tiempo y nada me preocupa, que me siento a los pies de nuestra cama (¡tan grande sin ella!) a contemplar el hueco de sus formas, he llegado a la conclusión de que, mientras yo viva, la única y mejor forma de que Belisa permanezca en mi memoria, enumerar diariamente cada uno de sus recuerdos, recolocar sus fotos en rincones nuevos para sorprenderme al encontrar su imagen y no desvanecer para mantenerla viva junto a mí…

Bocetos de vida y muerte para una coleccionista de atardeceres en Guayacan

José Luís Nogales Delgado
Categoría Adultos

"No hago otra cosa que pensar en ti / por halagarte y para que se sepa" - **Serrat**.

"al final números rojos en la cuenta del olvido" - **Sabina**.

"El crepúsculo de la desaparición lo baña todo con la magia de la nostalgia" - **Kundera**.

"Una vida que desaparece de una vez para siempre, que no retorna, es como una sombra, carece de poso, está muerta de antemano, nada significa" - **Kundera**.

I

El lunes, en cuanto regrese de este viaje absurdo a Roma en que a mi jefe se le ha ocurrido la venganza de cortarle los huevos a un cura pederasta, iré a visitar tu tumba.
No te llevaré flores porque era el regalo que menos te gustaba: un acto tribal que consiste en cortar una docena de vidas frescas para hacer un ramo que, a los pocos días, comienza a pudrirse y a oler a descomposición y muerte. Te llevaré cada vez un poema manuscrito que depositaré junto a tu foto una vez que te lo haya leído.
Miro hacia la primera línea que he escrito, la dedicatoria, y comprendo: ¡tus iniciales se traducen por "todo" en griego (pas, pasa, P.A.N.)!

II

Te veo en todas partes menos aquí, reducida a un frasco en el cementerio. Confío en que estás viajando por el mundo y que mañana voy a encontrar plasmado en tu blog la última puesta de sol en tu amada Colombia, donde te convertiste en la mejor coleccionista de atardeceres que he conocido.
¡No estás ahí, no me permito creer que estés tan sólo ahí!
Has sido, desde que venciste aquella vez al destino, una viajera insaciable a la que diez mil kilómetros eran dos paradas de metro. Cuando entraba en Internet lo primero era ver si estaba activo tu Messenger para comprobar en qué parte del mundo conocido me sorprendías.

Recuerdo aquel día en que, teniendo tu amado Caribe a los pies, me decías que te encontrabas como si estuvieras sentada en los escalones de Antonia. ¡Coño, que apagué el portátil y me acerqué porque casi me convenciste de que allí estabas!
Sin duda, sabías irte sin moverte de nuestro lado, como creemos ahora todos.

III

He soñado contigo esta noche, si bien no sé si ha sido mi memoria y el subconsciente o que tú te has metido en mi sueño. Bailabas continuamente, cubierta con un gorro andino y sonriente, con los brazos en cruz, recibiendo la música.
Me caso, Selu, y no porque necesite un papel ni una bendición, sino por amor, porque me han pedido matrimonio, como en las películas.
Sin embargo, el supuesto novio era un hombre que cada vez que yo parpadeaba cambiaba de rostro hasta cinco veces, como una secuencia de cinco recuerdos.
Entonces le pediste que te llevara al fin del mundo y te regaló todas las olas del mar con tu nombre de espuma escrito en cada cresta.
Con una mano te quitaste el gorro andino y te colocaste un bombín que te daba Sabina y nos sentamos los tres en una mesa baja con un whisky on the rock. Él te mira a ti, porque hasta en los sueños es un conquistador inquebrantable, y sólo te dice una frase: siempre serás un número rojo en la cuenta del olvido.
Me he despertado con resaca pero alegre porque he descubierto que vas a venir más veces a visitar mis sueños y me siento un privilegiado que podrá reforzar tu memoria.

IV

Hoy hace un mes que te fuiste y aún persiste el hueco de tus formas entre nosotros. No ha pasado un solo día que no suceda algo o me cruce con alguien que reviva tu recuerdo. Sabías hablar con todo el mundo y por eso estabas tan integrada en el pueblo. ¿Pudiste contar cuántas personas había en la iglesia? No era cuestión de creencias religiosas o ausencia de ellas, sino una especie de deber moral de cumplimiento para contigo, claro.
La incredulidad en los rostros era un pátina que cubría la insondable tristeza que nos invadía. Nadie lograba entender (yo aún no lo entiendo) que te hubieras rendido; tú, que habías demostrado con creces que amabas vivir, que te aferraste a la vida la primera vez y, sin pretenderlo, nos diste lecciones sobre el afán de superación. No consigo imaginar el grado ilimitado de dolor que debías estar sufriendo para decidir que no aguantabas más. Me puedo aproximar al recordar que la primera vez soportaste la trepanación casi guiada por ti para evitar la tetraplejia.
Aquel 2001 aprendí más de epilepsia y cáncer que si hubiera opositado a enfermero. Tu película fue "*2001, una odisea cerebral*". Nos contaste que, después de raparte, habían trazado un mapa en tu cráneo y, con un espejo, te habían explicado cómo iban a actuar. Como un tímido intento de transmitirte confianza te dije que eso mismo lo hacían los egipcios tres mil años atrás. Claro, por eso me parezco así rapada a Nefertiti.
Por tanto, aprendiste rondando las fronteras de la muerte, que cualquier simpleza de la vida merece su tiempo y contemplación. Y te aferraste a aprender a vivir y a enseñarlos lo que era la vida.

V

Vivirás siempre en El Guayacán número 36, esquina Manolito Gil, a la sombra de todo lo que escribiste y enmarcada en cada una de las fotos desde nos enseñaste tu Caribe.
Se me heló la sangre cuando nos dijiste a Isabel y a mí que luchaste contra aquel dragón que se te instaló en el cerebro porque sabías que eras más fuerte, pero que este cabrón venía a por ti, que notabas la merma de facultades motrices por día y que durante treinta y seis años habías hecho todo lo que te apetecía y que te sentías plenamente satisfecha, colmada. Nos miramos y dimos forma a las densas lágrimas de Santa Marta en tu Plaza de San Andrés.
Contigo hemos dado el salto de la madurez en que nos queda algún atisbo de creernos inmortales para comprender que, si has muerto tú, podemos morir cualquiera de nosotros.

VI

Leí una vez en alguna revista divulgativa, sentado en la consulta del dentista o del podólogo, que respirábamos aún moléculas del anhídrido carbónico que expiró Julio César. Volveré a los sitios que compartimos para respirar tu aire que viajará en mi sangre y cuando pase por el cerebro alimentará tu recuerdo en mi memoria: criatura del aire, como decía alguien. Es éste el primer elemento. El segundo es el fuego, al que elegiste para deshacerte de tu cuerpo dolorido, borrar toda huella de sufrimiento, del que huías con el mayor de los recelos. Te transformaste en polvo y volviste a la tierra que te vio nacer, a este receptáculo junto a tu abuelo, en tierra sacra después de todo, que es el tercero. Y el cuarto elemento que completa el ciclo es el agua, la del Portil, donde flotas sobre la cresta de tu ola favorita y siempre estarás llegando a la orilla, donde te esperaremos por turno cada verano: Isabel y yo siempre; tus padres con la esperanza cercenada; tus hermanos buscando aún dónde está el huevo que falta en el nido; Chary, cariátide a la sombra que soportó el friso de tus penas; las Pinguis, familiares y comprometidas con la causa; la amiga Encarnu, que volteará el reloj de arena para, igual que la esperabais en los escalones de Antonia, ahora te esperará ella a ti con nosotros; Beni, Migue, David y LO, con quienes llenaremos el horizonte de lágrimas esperándote, claro.

La inmortalidad, como nos enseñó nuestro admirado Kundera, no tiene nada que ver con la fe religiosa en la inmortalidad del alma, sobre la que tanto disertamos en amigables charlas, sino con la inmortalidad terrenal, la de quienes permanecerán tras su muerte en la memoria de la posteridad, en la que tú tienes asegurado un prometedor futuro. Yo me encargo.

Para Paky Arias Nogales. In memoriam.

El desequilibrio de La Balanza

Domingo Díaz Flores
Categoría Adultos

Adelaida Rojas Castro, una alegre y preciosa niña, disfrutaba de una feliz infancia cuando fue brutalmente violada y asesinada a los doce años de edad. Nunca llegó a menstruar. Aún hoy me pregunto qué pecado capital habría cometido Adelaida para que fuera ultrajada de esa forma. Durante la elaboración de mi reportaje llegué a conocer a su humilde familia, compuesta por un hermano siete años menor que ella y cuya infantil inocencia lo mantenía ajeno a lo sucedido, un padre abatido por el duro golpe que la vida le había asestado, sin ocupación, sin recursos y con esa resignación interior que es el resultado de la parálisis que le produce a la gente de bien la idea de llevar a cabo lo que sus tripas le están demandando. Y la madre, una criatura desolada, que había envejecido diez años diez días después del crimen. En realidad su vida se extinguió el mismo día que su hija dejó de respirar. Nunca se recuperó, se secó de tanto llorar y quebró su corazón de tanto dolor.

J.P.H. fue el autor del crimen. Aunque era un familiar lejano de la madre de Adelaida, se le consideraba su tío. La niña iba a su casa de forma esporádica, lo hacía desde pequeña para jugar a ajedrez porque a ambos le apasionaba. El día de autos, la esposa de J.P.H. se encontraba en uno de sus largos y habituales viajes de trabajo. Con una pasmosa desfachatez y una insultante burla a todos los presentes, se auto declaró inocente de todos los cargos al comienzo del juicio.

En aquel año se cumplía el cuarenta aniversario de la Constitución del país y de la entrada en el período democrático más largo vivido en él. La andadura democrática ya superaba en cinco años a su predecesora, aquella oscura época dictatorial a la que denominábamos El Régimen, de la que querían olvidarse aquellos que la habían vivido y padecido, pero que insistían en recordar los que solo la habían conocido a través de la vasta documentación escrita que había generado. La actualidad era hablar del pasado, precisamente de la última dictadura, de sus vergonzosos acontecimientos, de su carácter represivo, del sufrimiento del pueblo oprimido, de su dictador y de la caterva que le rodeaba. La desmesurada proliferación de literatura acerca de este manido tema era a veces cargante. Libros, ensayos, artículos periodísticos, reportajes en radio y televisión, tertulias, redes sociales y, en definitiva, todos

los medios divulgativos posibles nos contaban las maldades de la dictadura y, a modo de moraleja, todos concluían en la paradoja de que no queríamos ni oír hablar más de ella. Mi profesor de Ciencias Políticas siempre me decía que dudaba sobre si toda esta apabullante resurrección de la historia pretendía concienciar a la sociedad de lo mal que lo hicimos entonces o, simplemente, quería camuflar nuestras mediocridades y nuestras evidentes y abultadas deficiencias de hoy.

Juan Tomás Arévalo Conde fue Ministro de Empleo durante dos legislaturas seguidas. Hubiera accedido a una tercera si su partido, por prudencia electoral, no lo hubiera apartado de la lista de candidatos a formar Gobierno por hallarse inmerso en pleno proceso judicial.

Juan Tomás era el más pequeño de cuatro hermanos de una familia de clase obrera. Para ganar el escaso jornal con que alimentar a su familia, su padre trabajaba catorce horas diarias de lunes a sábado. Algunos domingos realizaba trabajos extra para la empresa, por el que obtenía una pequeña recompensa económica con la que podía comprar algo de ropa a sus hijos. Su madre, siempre incansable, se dedicaba en exclusiva a los quehaceres domésticos y a la familia, principalmente a sus cuatro vástagos. Ninguno de los tres hermanos mayores pudo estudiar, todos empezaron a trabajar apenas hubieron aprendido a leer y escribir para ayudar económicamente al sostenimiento de la familia. Esfuerzo, trabajo y dedicación fue el ambiente que respiraba Juan Tomás desde que vino al mundo. Pero para él todo fue distinto porque, gracias a otro esfuerzo adicional de su padre y sus hermanos, pudo disponer del dinero suficiente para estudiar Derecho Político. Tardó once años en concluir los estudios universitarios porque la presidencia del Sindicato de Estudiantes le absorbía demasiado tiempo. Aún no había finalizado los estudios cuando se afilió al partido y obtuvo la presidencia de Nuevas Juventudes. A partir de aquí pasó por numerosos puestos de responsabilidad del partido hasta convertirse en Ministro de Empleo. En los ocho años que estuvo al frente del Ministerio dispuso de un presupuesto de más de ciento sesenta mil millones, el desempleo creció un diecisiete por ciento y su patrimonio personal se multiplicó por seiscientos cincuenta. Juan Tomás fue llevado a juicio por la oposición, acusado de malversación de fondos y enriquecimiento ilícito.

Yo trabajaba en un periódico de publicación nacional. Desde que finalicé mis estudios de periodismo y durante dos años estuve cubriendo las guardias de los días festivos y fines de semana. Nunca ocurría nada, informativamente hablando, salvo en contadas ocasiones en las que conseguí hacer algunos buenos artículos. No obstante, el trabajo era tan tedioso que en varias ocasiones se me pasó por la mente dejarlo y buscar empleo en algún otro periódico, o incluso en radio, que también me atraía profesionalmente. Quizás porque mis superiores sabían de estas intenciones, me propusieron un trabajo diferente.

- Machuca, he pensado que este reportaje podrías hacerlo tú -me decía el redactor jefe, D. Valeriano Chávez-. Serán dos hojas para ti solito, todo un lujo.

Efectivamente era un lujo, era mi oportunidad de publicar un artículo a dos hojas, en páginas centrales y en días laborables. Comparado con el artículo de no más de media columna que se publicaba, cuando había noticia que publicar, los fines de semana y en una página que a mí mismo me costaba encontrar, aquello era el reportaje de mi vida, la catapulta definitiva, o al menos así lo creía yo. Mi periódico, al igual que muchos otros, quería conmemorar el

aniversario de la entrada en Democracia que se cumplía aquel año. Cada semana se le asignaba a un reportero distinto la elaboración de un reportaje a dos páginas que exaltara las bondades de nuestro sistema político centrándose en algún aspecto concreto de éste. La economía, la igualdad de género, el bienestar social, las leyes, la libertad de expresión, los derechos de los trabajadores y las fuerzas del orden fueron algunos de los temas que ya se habían desmenuzado en estos artículos; todos manaban ese maniqueísmo chirriante que encasillaba todo el período anterior a la Democracia como perteneciente al negociado del infierno y nos situaba en la actualidad en el paraíso terrenal. Personalmente creía que esto no se ajustaba a la realidad y pensé que sería interesante aportar otro punto vista.

- Fue una época muy dura -me contaba D. Valeriano-. Tú no la conociste, pero yo la he vivido y la he sufrido -me esforzaba en hacer las cábalas por averiguar qué edad tenía D. Valeriano en aquella época y siempre obtenía el mismo resultado, 10 años. No me imaginaba qué lo pudo hacer sufrir-. No había justicia, los juicios eran una mera representación teatral. Los asesinos del régimen, por ejemplo, siempre eran absueltos, tenían los mejores abogados, mientras que el pueblo llano no podía permitírselo porque estaba empobrecido soportando sin piedad la losa de los impuestos, que en la mayoría de los casos era imposible pagar. Al mismo tiempo la clase dirigente se enriquecía cada vez más. Ahora eso no ocurre, tenemos una justicia que nos protege y nos salvaguarda a todos por igual.

Las tropelías que acababa de mencionar me parecieron una buena línea argumental para desarrollar el monográfico de dos hojas que me había asignado D. Valeriano. Pensé que sería una buena idea reflejar, a través de tres casos judiciales, cómo la justicia garantizaba nuestros derechos en la actualidad. Fácil. Solo era cuestión de elegir entre los casos más recientes con sentencia judicial dictaminada.

Eva Cristina Valconde de Mesa era madre de dos lindas hijas de cinco y tres años. Estaba divorciada de su marido Raúl, que tras seis años de matrimonio la había dejado por otra mujer más joven que ella. Un buen día, como cada mañana, Raúl fue a trabajar y ya no volvió al hogar, ni tan siquiera a recoger sus pertenencias. Se instaló en la casa de su amante, con quien se veía desde hacía catorce meses sin que Eva Cristina llegara a sospechar nada. Quedó emocionalmente destrozada, su vida se había roto de repente, sin previo aviso. Se había quedado con dos hijas que alimentar y una hipoteca que pagaría durante toda su vida, y pagaría tanto su parte como la de su ex marido ya que éste, incluso con sentencia judicial de por medio, nunca abonó ni su parte de la hipoteca ni la pensión de las niñas. A los cinco meses de lo ocurrido, la Administración Local donde trabajaba Eva Cristina dejó de pagar las nóminas porque el dispendio obsceno del que habían hecho uso sus dirigentes en los últimos años la habían abocado a la bancarrota. A los tres meses sin ingresos, la economía de Eva Cristina estaba exhausta. No pudo abonar sus impuestos anuales a la Hacienda Nacional, que tan solo ascendían al importe de la compra de pan de una familia durante quince días. Eva Cristina, sin recursos para alimentar a sus hijas, optó por comprarles el imprescindible pan, al menos durante quince días más. Tras reclamarle el pago en varias ocasiones de manera infructuosa, fue denunciada por la Hacienda Nacional y juzgada por impago de impuestos.

Mi artículo nunca fue publicado. La imagen del sistema judicial garantista que yo quería transmitir no coincidía con la que tenía D. Valeriano. Cuando me encargó el reportaje tampoco me dijo que debiera ser así. La calificación que le dio de “políticamente incorrecto” dejaba los

parámetros bajo los cuales debía escribirlo muy difusos, indeterminados, etéreos en definitiva. La afinidad ideológica del periódico con el partido que en ese momento gobernaba tuvo mucho que ver en esto. Me negué a rehacer el artículo y fui despedido.

Las virtudes garantistas de nuestro sistema judicial quedaban patentes en los tres casos que incluí en el reportaje. Como el de Adelaida, cuyo asesino, J.P.H., fue absuelto del crimen porque la única prueba que existía, la grabación en vídeo de los hechos por una cámara oculta que su esposa había hecho instalar a una empresa de detectives, porque sospechaba que su marido le era infiel durante sus ausencias por los viajes de trabajo, había sido obtenida de forma ilegal, sin consentimiento del afectado. Es un claro caso de protección a nuestra sagrada intimidad. O como el caso de Juan Tomás Arévalo, absuelto de todos los cargos por no haberse hallado pruebas fehacientes de que su brutal enriquecimiento fuera ilícito y al que el Estado tuvo que abonar, por orden judicial y como resultado del arduo trabajo realizado por los doce abogados más caros del país, una indemnización millonaria por truncar su carrera política de forma abrupta y precipitada. Es la evidencia de que el sistema funciona y de que se preservan los derechos, aun de los acusados. Y ¿qué sería de nuestro sistema de convivencia si todos nos negáramos a pagar nuestros impuestos? En el caso de Eva Cristina Valconde el juez debió hacerse esta pregunta y la condenó a dos meses de prisión y a pagar su deuda, que abonó personalmente en una oficina bancaria, esposada y custodiada por dos policías cuando la llevaban a galeras, y con dinero obtenido de la beneficencia.

Semanas después conseguí trabajo en una emisora de radio local. Era una emisora modesta, casi familiar, pero con un ambiente de trabajo agradable. Al tener pocos empleados, cada uno de nosotros desempañaba varias funciones simultáneamente. Y una de ellas consistía en la lectura diaria de todos los periódicos del país para seleccionar de entre ellos las noticias que se emitirían en nuestros informativos. Aduciendo a mi incursión por el mundo de la prensa escrita, mi jefe me encargó esta tarea, por lo que estaba al corriente de todo lo que ocurría hasta en el último rincón del país. Casualmente, durante el desempeño de este trabajo, me fui topando con tres noticias relacionadas con los casos judiciales que pretendí publicar semanas atrás. Las tres aparecieron en la prensa redactadas de forma somera, casi camufladas entre el resto de artículos pretendidamente más interesantes, como si con ellas se quisieran rellenar los espacios muertos del papel. Nunca hubieran llamado mi atención de no ser por la relación que tuve con estos casos. De alguna manera, eran los epílogos de aquellas tres historias que nunca me dejaron contar y, como si el mensajero de la providencia me hiciera entrega de ellas, llegaban a mí para, tal vez, volver a intentarlo. Nunca lo hice porque nunca me gustaron sus finales.

Veinticinco días después de que J.P.H. hubiera sido absuelto, otra niña de once años fue encontrada muerta y con signos de violación cerca del domicilio de éste. Aunque presentaba los mismos signos de violencia que Adelaida, no se encontraron pruebas que incriminaran a J.P.H.

Juan Tomás Arévalo escribió el libro “Cómo crear empleo”, convertido en best seller poco después, y daba conferencias muy bien remuneradas sobre “Ética política y económica”. Eva Cristina Valconde sucumbió a la desesperación y la impotencia y se suicidó en la prisión de mujeres dos días antes de salir en libertad.

El sendero de la luna llena

Andrei Madalin Umbrarescu
Categoría Juvenil

A todo el mundo le ocurre un acontecimiento en su vida que repercute a lo largo del tiempo. La memoria resucita y los recuerdos atacan ferozmente nuestro corazón extendiendo la nostalgia, como una mancha, a nuestro alrededor.

Elisa solamente tenía dieciséis años cuando se aventuró junto con su hermano en el más siniestro misterio, pagando la insensatez a un alto precio.

Rondaba 1992, en una hermosa ciudad denominada Arlés, situada en el sur de Francia, en el departamento de Bocas del Ródano. El río Ródano se divide en dos brazos en Arlés, y ese mismo río fue el lugar donde Elisa Lemoine y su hermano menor, Damien, jugaban desde pequeños. Con diez años, Elisa ya conoció la parte amarga de la vida, su madre contrajo una enfermedad mortal. Los médicos no se explicaban los síntomas ni la causa de los fuertes dolores que sufría. Al cabo de seis meses falleció, pero antes, en su lecho de muerte, y sacando fuerzas de un lugar desconocido, llamó a su hija y le dirigió estas palabras, que serían las últimas.

-Elisa, me iré a un lugar muy lejano, y para siempre, pero eso no significa que me vaya de tu corazón –sonrió con pesar la mujer–. Escucha hija, nunca debes caminar por el sendero de la orilla del río Ródano a la luz de la luna llena, prométeme que no lo harás –la mujer miró a la niña con una mirada tierna y suplicante a la que la niña afirmó moviendo la cabeza reiteradamente–. Cuida de tu hermano, tesoro.

En ese instante la mujer cerró los ojos y, poco a poco, quedó dibujada una sonrisa en su rostro. Elisa rompió a llorar y su hermano no pudo evitar asustarse y ahogarse también en esas lágrimas. Quería gritar pero solamente sollozaba sin casi poder respirar, con un dolor desconocido en el pecho. El padre yacía hundido, abrazado al inerte cuerpo de su mujer y totalmente pálido.

El padre no pudo superar la muerte de su esposa y comenzó a beber más alcohol del que era razonable, en un impulso de ahogar la muerte de su mujer, pero solo conseguía hundirse más y más en un abismo del que ya no saldría. Elisa y Damien tuvieron que ir a vivir con su abuelo materno. El abuelo Benjamín acogió a los huérfanos en su hogar, y pese a su rudeza y brusquedad, hizo todo lo que pudo, y supo, por ayudarles a ser niños de nuevo.

Pasaron los años, lentamente y sin prisa, les llegó algo de la calma perdida. Elisa y Damien

iban todos los domingos al cementerio a poner flores en las tumbas de sus padres. Asistían al colegio y eran estudiantes excelentes. Lo más importante de todo era que los chicos volvían a sonreír y tenían amigos. Mientras Damien quedaba a jugar con sus amigos, Elisa solía dar paseos por la orilla del río Ródano. Los recuerdos ametrallaban su mente pero la melancolía dejó de estar presente en su corazón. Cada recuerdo envolvía una emoción, y a la vez ésta, daba lugar a un estado de armonía, que siempre se acompañaba de una sonrisa en su rostro. Para ella, no había nada más hermoso que el paseo al atardecer por el sendero del río.

Una tarde, cuando Elisa contaba ya catorce años, paseando por la orilla, se dio cuenta que aquella noche era luna llena. Se acordó de las palabras de su madre y volvió rápidamente a casa, pero no para cumplir la advertencia, sino porque la curiosidad se arrastraba en su interior, como una serpiente, que no dejaba su conciencia tranquila. El abuelo Benjamín estaba sentado en el portal leyendo un libro, adoraba la lectura y cuando uno está jubilado, invierte su tiempo en las cosas que más le gustan y que antes no podía hacer. Era un hombre sabio, de personalidad terca pero, el tiempo pasado con él permitía notar el tinte tierno que acompañaba todos sus actos. Elisa, con la confianza de los años, le pidió a su abuelo que le aclarara por qué su madre le hizo la advertencia sobre el río y la luna llena. Benjamín vaciló un instante con la mirada fija en la nada, y la invitó a entrar en la casa. Estaban solos, prepararon un té y el abuelo empezó diciendo:

-Siempre ocurren cosas extrañas en las noches de luna llena a los que están a la vera del río. Esas personas desaparecen, o contraen extrañas enfermedades que acaban en muerte, pierden la memoria de lo sucedido o simplemente murieron poco después. Es un misterio, querida niña.

-Se dice que –prosiguió–, el espíritu de un soldado romano que se rebeló ante Constantino el Grande, vuelve cada noche de luna llena al lugar de su muerte sediento de agua.

-¿Y por qué busca agua del río, abuelo? – Interrumpió Elisa.

-Al parecer, el soldado fue capturado en el coliseo, nuestra plaza de toros, y lo condenaron a pasar dos semanas sin beber agua, finalmente, una noche, lo llevaron al río Ródano y lo mataron ante el río, con el castigo añadido de contemplar el agua sin dejarle beber de ella. Aquella noche hubo luna llena, y se dice que el soldado vuelve para beber en esas noches, y el resto… Bueno, nadie sabe con certeza por qué ocurren esas desgracias, algunos dice que el soldado siente como enemigo al que encuentra cerca del río, lo siente como un subordinado de Constantino y quiere vengarse, otros, menos místicos y más ecologistas, hablan de la contaminación de las aguas. Ya sabes, muchas opiniones y ninguna certeza. Pero lo que sí sabemos es que muchas personas evitan estar cerca en las noches de luna llena, los temerosos de Dios incluso rezan esas noches para que no ocurra ninguna desgracia.

Viendo la cara pálida de Elisa, calló de repente y le dijo, con un ademán de desdén fingido: –Niña, no te preocupes, no es más que un cuento. Leyendas urbanas, anda, no te asustes– añadió con una sonrisa forzada.

Elisa no podía dormir, pasó la noche dando muchas vueltas a la historia que su abuelo le había contado. Se acordó de que mencionó que las personas que estuvieran en ese lugar podrían contraer enfermedades extrañas y pensó en la posibilidad de que su madre hubiera en el sendero a la luz de la luna llena y por eso enfermara repentinamente y muriera, pero claro, su madre habría sido también advertida por su abuelo y no hubiera ido. Oh, qué lío tenía en la cabeza. Estuvo toda la noche pensando en ello pero, por mucho que intentaba encontrar una respuesta no había forma. Tomó una decisión, solo lo sabría si lo viviera ella misma. Era demasiado arriesgado, y la aventura la asustaba, pero sobre todo no quería desobedecer la petición de su madre. Fue hasta la ventana y miró cómo las estrechas calles estaban iluminadas por la luna.

-Menudo fastidio eso de que no puedas estar tranquila sin saber la verdad y a la vez, saber que te sumergirías en un peligro e incumplirías una promesa si buscas dicha verdad –se dijo a sí misma dejando un suspiro que se extendió por la noche.

Elisa trató de no prestar más atención a esas ideas e intentó proseguir con su vida normal, como si nada de eso hubiera pasado, pero una cosa es decirlo y otra muy diferente hacerlo...

Dos años después ya era una autentica mujer. Damien, por su parte, era el chico más destacado de su curso. En fin, responsables sí, pero Elisa no sabía que estaba cometiendo la mayor imprudencia de su vida. Damien nunca supo las últimas palabras que la madre dirigió a su hermana antes de morir. Él ignoraba que hubiera alguna leyenda sobre el sendero de la luna llena y Elisa no vio necesario contárselo y preocuparlo innecesariamente.

Ese verano hacía un calor poco habitual en Arlés, y Damien no podía dormir por esa oleada de calor y salió a dar un paseo. Elisa estaba en el salón haciendo las tareas para el día siguiente y el abuelo Benjamín ya estaba en la cama.

Damien se despidió de Elisa y salió a recorrer la ciudad. Elisa no reparó en ello, pero sin saber cómo, algo la intranquilizó y salió disparada hacia la ventana, viendo que esa noche había luna llena. Tardó unos minutos en reaccionar. Sin pensarlo, se lanzó a la calle corriendo sin pausa en busca de Damien, temiéndose lo peor. Tenía la esperanza de encontrarlo a tiempo, pero no fue así. Llegó al sendero sin resuello. La luna llena brillaba en la superficie del río, iluminando como un faro los malos presagios del endiablado camino. Pudo ver a lo lejos la silueta de Damien. El corazón de Elisa latía cada vez más fuerte y seguía respirando con dificultad. Tenía miedo pero eso no le impidió salir al encuentro de Damien. Gritó varias veces para llamar su atención, al cabo de lo que le pareció una vida completa, logró hacerse oír. Elisa le dijo que debía salir de ahí, volver rápidamente con ella. Damien no acababa de comprender el peligro que expresaba la cara de su hermana pero la desesperación de ésta hizo a Damien acceder a volver. El camino fue largo y muy tenso para Elisa. Al llegar al barrio donde vivían, lanzó un suspiro y sintió que, aunque se había quitado un gran peso de encima, había envejecido unos diez años, y más cuando oyó la tos de Damien, esa terrible tos tan familiar, esa tos que había acompañado los últimos días de su madre. Elisa palideció pero el chico la tranquilizó diciendo que no era nada, que se calmara ya. Y para que dejara de estar preocupada con él, le contó pensativo:

-Allí en el río ocurrió una cosa muy extraña. Había un tipo bebiendo agua -notó mi presencia, no sé cómo, porque yo estaba bastante alejado de él-. De repente empezó a mirar hacia mí, se levantó enfurecido, parpadeé y al volver a mirar ya no estaba. ¿Extraño verdad? – Sonrió.

Para Elisa, más que extraño fue estremecedor. Ella sabía a quién se refería y se temía lo peor. En los días posteriores no pasó nada significativo ni preocupante, así que intentó olvidar lo que ocurrió, pero al cabo de un mes Damien cayó enfermo. Tenía los mismos dolores y síntomas que tuvo en su día su madre y, desgraciadamente ocurrió lo mismo. Seis meses después, el corazón de Damien se detuvo, dejando un profundo vacío en Elisa y en su abuelo. Esta vez no hubo consuelo y Elisa cayó en una profunda depresión porque la culpa por la muerte de su hermano no dejaba de corroer su interior, lamentándose y torturándose por no haberle advertido y, junto a esto, estaba el incumplimiento de la promesa que había hecho a su madre.

Hay ciertos acontecimientos en nuestra vida que dejan huella. Ocurren en un momento dado y después los ignoramos, intentamos olvidarlos pensando que nunca volverán. Ese fue el peor error que pudo cometer Elisa. Todo repercute en el futuro y si en el pasado hubo un mal, volverá en el futuro como un boomerang.

Elisa no pudo combatir la pena, pero sí decidió combatir con la muerte. Tras muchos

meses cautiva en sus propios pensamientos, decidió averiguar el verdadero secreto del sendero, la luna llena y el maldito soldado. Ella sabía que sería peligroso, pero eso ya no tenía ninguna importancia, su vida no valía para nada. Elisa estuvo buscando en la biblioteca de Arlés cualquier documento que le sirviera para averiguar cómo podían ocurrir todas esas muertes. No conseguía explicarse cómo su hermano, su madre, y tantos otros desconocidos, contraían una enfermedad extraña y mortal. Era un pensamiento que la atormentaba.

Día tras día iba a la biblioteca y consultaba manuscritos, pergaminos, tomos descatalogados. Lo que fuera, cualquier cosa que le proporcionara algo de luz, pero día tras día, sus búsquedas eran en vano. Pasaron semanas de investigación que, finalmente, dieron fruto. Un viejo libro, por llamarlo de alguna forma ya que estaba deslomado, despaginado y casi desdibujado. En él se narraban las batallas de Constantino el Grande. Entre ellas una llamó la atención de Elisa. La historia de Piltus, el soldado que se reveló ante el poder de Constantino.

Piltus era descrito como un hombre solitario, rechazado por las damas, que nunca encontró el cariño que creía merecer. Con el paso del tiempo su odio y crueldad se incrementaron, y su amabilidad murió. Era un soldado ejemplar, su disposición a la obra de Constantino no tenía igual. No mostró piedad, debilidad ni duda en el campo de batalla. Para Constantino era un orgullo. Pero las cosas iban a cambiar muy pronto.

Tras una campaña, Piltus capturó a una joven que huía, perseguida y acusada de haber matado a un hombre –lo que en esa época era imperdonable. Una mujer no podía rebelarse ni defenderse ante ningún hombre, hiciera éste lo que hiciera. Constantino quiso utilizarla como escarmiento ante cualquier intento de rebeldía y encerró a la muchacha en el calabozo. Mandó a Piltus el encargo de persuadirla para que se retractase de lo que había hecho, y dejarla morir después. Piltus, sin dudarlo, se encomendó a cumplir las órdenes dictadas. Pero el tiempo jugó en su contra, y la joven cautiva conquistó su pensamiento, su corazón, su vida. Acum -así se llamaba- era una vagabunda. Huérfana de madre, con un padre miliciano de Constantino, nunca tuvo familia ni cobijo.

Quién hubiera imaginado que el soldado más fiero y frío se ablandaría con las historias que Acum contaba día tras día. Todo se le hacía más soportable cuando estaban juntos. Aunque ella estaba encerrada en el calabozo, el cautivo y preso era Piltus. Constantino notó el cambio en su mejor soldado y sospechó de la influencia de esa presa. Sin embargo, no había llegado a ser el dirigente de un Imperio sin ser astuto y sagaz. No estaba dispuesto a perder a uno de sus mejores hombres y tampoco quería tenerlo como enemigo. Para acabar con aquello, Constantino dio indicaciones de que envenenaran el agua que la presa tomaba, lo que le causaría dolores insoportables y que desembocaría, finalmente, en su muerte. Un mes después, Acum se aquejaba de fuertes dolores. Piltus sospechó la treta de Constantino y, completamente enojado, salió en su busca. Se enfrentó a él durante uno de los discursos, que el regente daba para aplacar el hambre de la muchedumbre. -Esa falta y en público- Constantino no podía dejar aquella afrenta sin castigo. Y Piltus fue encarcelado, entre los abucheos del pueblo. Acum murió poco después, en los brazos de su amado. La rabia y la pena se mezclaban en él, ni lo debilitaba la falta de comida y agua, tan fuerte era su odio. Sin dejar de maldecir, gritaba día y noche. El pueblo estaba indignado y Constantino asustado. Si esto hacía que se enojaran lo suficiente, no estaba seguro de la supremacía de sus soldados frente a un pueblo enardecido y hambriento. La decisión era difícil porque lo que comenzó como un escarmiento podría acabar con su reinado. Pero había que hacer algo ya. Ordenó a dos fieles generales que, durante la noche, sacaran a Piltus del calabozo y alejados de la ciudad, lo mataran. Lo llevaron a orillas del río y acabaron con su vida… una noche de luna llena".

Elisa a medida que leía la historia fue encajando todas las piezas del puzzle. Trató de buscar el nombre del veneno que había usado Constantino contra Acum. Estaba segura que

ese veneno tenía relación con las enfermedades y las muertes ocurridas en su familia. Los síntomas, los terribles dolores, la muerte, todo era igual. Y todo ello giraba en torno a Piltus.

Elisa sabía que no podía contar con nadie para resolver la situación. De entre sus vecinos y conocidos, unos estarían asustados, otros ignorarían su miedo y, los más numerosos, la tomarían por loca. Todo apuntaba en una única dirección. Acercarse personalmente a Piltus una noche de luna llena.

Diciembre llegó, había pasado ya un año desde la muerte de su querido Damien, hacía frío y la noche envolvió la ciudad con un manto tenebroso que dejaba pasar lúgubres rayos de luna llena.

Ni el miedo ni el frío la harían desistir. Si quería tener un futuro, debía enfrentarse cara a cara con el pasado.

Se vistió y salió de casa. La oscuridad y el miedo, le helaban la sangre y la voluntad. Avanzó cautelosa por el sendero, y encontró lo que buscaba, o eso creyó. A lo lejos distinguió una silueta sentada en la orilla contemplando el río.

"¿Es él?" – Se preguntaba Elisa, mientras deseaba inconscientemente que no lo fuera.

Se armó de valor y se encaminó hacia la silueta. En la cercanía pudo ver que se trataba de un hombre de pelo oscuro y barba rala. Éste fijó su mirada en Elisa, que estaba ya a menos de cinco pasos. Ceñudo, se levantó, dándose la vuelta y caminando, dejó atrás a Elisa.

La impresión la hizo tardar en reaccionar, pero no lo suficiente como para no gritarle al hombre, pidiéndole que se detuviese. Éste se paró y esperó a la joven, que venía corriendo detrás. -Sé quien eres y sé lo que has vivido. ¿De qué te sirve quedarte aquí y seguir torturándote noche tras noche, matando a personas inocentes de tu desgracia? –preguntó Elisa con una lágrima resbalando en su mejilla.

El hombre extendió su mano hacia ella y le entregó un collar.

-Esto pertenecía a Acum –sonó la áspera voz–. Vengo aquí cada noche de luna llena porque la estoy esperando. Nos prometimos antes de su muerte encontrarnos en libertad, junto al río, pero ella no viene. –Con pesar y dolor en su rostro, dijo a Elisa- No mato por placer, es una maldición. No tuvieron suficiente con matar al amor de mi vida, y con destruir la mía. Constantino teniendo miedo de mí, incluso ya muerto, confabuló esta maldición, y todo aquel que esté a mi lado… morirá entre dolores terribles y mucho sufrimiento.

Elisa dio un paso atrás.

-No te preocupes, este collar impedirá que sufras algún daño estando en mi presencia. Te doy el collar de Acum. Ya no me quedan fuerzas para seguir volviendo cada noche y tú… tú me recuerdas muchísimo a ella, y a tu madre. Yo nunca quise matarla, ni a ella, ni a tu hermano, ni a nadie. Me marcharé para no volver jamás, pero si alguna noche te encontraras con Acum quisiera que le dijeras que la he esperado, que la sigo queriendo, que ni la muerte podrá quitarme eso –sonrió-.

Elisa se estremeció ante esas palabras.

Tenía muchas preguntas, pero Piltus hizo un ademán que la detuvo. Él se acercó, le dio un beso en la frente y, tras un parpadeo, Piltus había desaparecido.

Los días posteriores fueron grises y vacíos. No era fácil para Elisa olvidar lo sucedido aquella noche. Elisa no cayó enferma, cada día acariciaba el collar con todo el cariño y amor que sentía, pensando en que su familia estaría descansando en algún lugar precioso y cálido, y que Piltus y Acum, en algún momento, volverían a estar juntos.

Este sentimiento y el perdón hicieron que la pena fuera desapareciendo y la sonrisa tomara pulso en su mirada. Ya había luz que la guiara, un futuro y una vida por vivir.

Dos palabras de Marta

Domingo Díaz Flores
Categoría Adultos

Abrí la puerta que conducía al sótano. El agudo chirrido que como una lanza atravesó mis oídos y la pesadez de giro provocada por el óxido de las bisagras, eran señales inequívocas del largo período de tiempo transcurrido desde la última vez que alguien usó esta entrada. Al menos nueve años, posiblemente desde que a mi madre empezaron a fallarle sus desgastadas rodillas y sus fuerzas se batían en retirada. Accioné el interruptor de la luz, que cubrió con su tono amarillento los diecinueve escalones que descendían hasta la intimidad que yo pretendía profanar y las viejas telarañas que colgaban del techo. El aire viciado del recinto quiso escapar de su ocasional prisión y un desagradable olor a humedad inundó mi nariz pero, a su vez, hicieron saltar los resortes melancólicos de mi memoria, que por unos instantes me trasladó a aquellos días de mi niñez, cuando jugaba con mis dos hermanos al escondite y yo, que no alcanzaba a comprender por qué siempre le tocaba a la más pequeña, debía buscarlos en el lugar de la casa que más miedo me infundía. Durante una fracción de segundo tuve la agradable y fascinante sensación de que mi cuerpo, física y mentalmente, había viajado cuarenta años atrás.

Cuando volví a la realidad, las dudas que aún me asaltaban acerca de lo que iba a hacer me impedían bajar el primer escalón. Pero mi curiosidad, reprimida durante años, estaba desbocada desde el día que decidimos venir a mostrar la casa a los nuevos compradores. Aún así, bajé los escalones muy despacio, como si fuera la primera vez que lo hacía, temiendo que mi impaciencia me hiciera tropezar. Cuando llegué abajo encendí la única luz que iluminaba todo el sótano, una bombilla central que colgaba del techo, pero con tanto espacio que alumbrar que su luz quedaba tan esparcida que se hacía tenue y escasa. Nunca nos hizo falta más ya que, al fin y al cabo, solo bajábamos allí para guardar todo lo que quedaba en desuso.

Yo sabía muy bien dónde se encontraban los cuadernos, siempre lo supe. En el desvencijado baúl de mi abuela que mi madre se empecinaba en conservar, aún a riesgo de desplomarse desarmado, exhausto por el paso del tiempo y por su frecuente uso. Recuerdo a mi padre reparándolo en varias ocasiones para mantenerlo de una pieza cuando la situación era ya insostenible. Él lo llamaba jocosamente las “intervenciones urgentes”. Aún sigue en pie, erigiéndose como el depositario indiscutible de los recuerdos de tres generaciones.

Allí seguía, al fondo de la estancia, frente a la escalera. Su color beige resaltaba sobre el oscuro cemento de la pared y, pese a la escasa luz y el manto de polvo que lo cubría, parecía resplandecer vigorosamente invitándome a acercarme a él. Mientras me dirigía a abrirlo esperando

encontrarme con el alma de mi madre, observaba los juguetes que tanto nos hicieron disfrutar a mis hermanos y a mí durante nuestra infancia, ahora arrinconados y cubiertos de polvo, pero evocadores de aquellos días tan felices en que jugábamos con ellos: el pequeño triciclo rojo, totalmente metálico y con ruedas radiadas, el Seat 124 verde con llantas blancas teledirigido por cable, mi diminuto armario de madera para la ropita de mis muñecas o la presumida muñeca Nancy a la que le faltaba un brazo porque a mis hermanos, cuando discutíamos, les resultaba más fácil desmembrar a ella que a mí. Me hubiera gustado que mis hijos hubiesen jugado alguna vez con estos antiguos juguetes, estoy segura de que habrían disfrutado con ellos como lo hice yo. Pero no hubo oportunidad, las ajustadas viviendas familiares que teníamos no nos permitían disponer de espacio para almacenar recuerdos de ningún tipo. Esta sería la última vez que los viera, se quedarían aquí, con la casa, a disposición de los nuevos dueños.

Pero eso no importaba en absoluto. Mi objetivo era conservar los cuadernos que escribió mi madre, los que nunca me dejó leer porque decía que pertenecían a la intimidad que como persona, antes que esposa y madre, merecía. Los pensamientos secretos que mi madre había plasmado allí me tenían fascinada de tal forma que en varias ocasiones estuve a punto de arrebatárselos a escondidas. Aún con mi corta edad, siempre conseguí controlarme y respetar sus deseos. El día que fue enterrada, mis hermanos y yo vinimos a preparar la casa para dejarla cerrada indefinidamente ya que ninguno de nosotros sabía cuándo volvería por aquí. No disponíamos de tiempo suficiente en nuestras ajetreadas vidas y la distancia jugaba en nuestra contra. Tuve la tentación de bajar al sótano, abrir el baúl beige de herrajes negros y llevarme los ansiados cuadernos, pero no pude. Su muerte estaba tan reciente que tenía la sensación de que mamá aún podría cazarme fisgoneando en sus cosas y ganarme una buena reprimenda. Aunque ella siempre me había otorgado su permiso de forma implícita para cuando llegara este momento. Cada vez que yo le pedía leer lo que escribía me decía: “Aún eres muy pequeña. Ahora no tienes edad para comprenderlo. No seas impaciente, algún día lo leerás”.

Abrí el baúl, que mi madre nunca cerró con llave, y un delicioso leve aroma a azahar sorprendió agradablemente mi olfato. Era su perfume preferido, pero siempre lo usaba sin estridencias, sin saturación, sin destacar entre el resto de olores que una podía percibir pero que, cuando llegaba a tu nariz, te hacía sentir la necesidad de inundarla con él, de seguir su rastro hasta la fuente de donde emanaba y aspirarlo todo hasta la saciedad. Allí estaba su vestido de novia, cubriendo todo el contenido del baúl. Había dejado de ser blanco para adquirir un tenue color amarillo por el paso del tiempo. Lo saqué y lo extendí para verlo una vez más. Aún conservaba las manchas causadas por mis reiterados intentos de ponérmelo para comprobar si me sentaría igual de bien que a mi madre y que luego, con sumo cuidado, intentaba disimular doblándolo de forma que no se apreciaran. Mi madre nunca me regañó por ello, aunque era obvia la burda manipulación que sufría el vestido cada vez que yo jugaba con él. Allí estaba también la habitual foto de boda de la época, el plano de busto en blanco y negro del matrimonio, ella con la mirada perdida y él mirando a ella. Mi padre siempre me había parecido el hombre más guapo del mundo en esta foto. En un pequeño sobre blanco estaban las dos entradas del cine Ideal para ver el estreno de Doctor Zhivago en mil novecientos sesenta y seis. Fue la primera vez que mis padres asistieron a una sesión de cine juntos. Encontré la foto que mamá y Luisa, su mejor amiga, se hicieron en un soleado día de campo, cuando aún disfrutaban de su soltería. Su amistad duró lo que sus vidas. La muerte de Luisa dos años antes que mi madre fue un duro golpe para ella del cual nunca llegó a recuperarse.

Cuando por fin me topé con los cuadernos mis hermanos comenzaron a vociferar desde arriba en busca de mi paradero. Habían despedido a la joven pareja que estaba interesada en la casa y querían marchar cuanto antes: “¡María! Tenemos que irnos. ¡Hombres! Siempre tan ajenos a lo que ocurría a su alrededor. Tan carentes de sentimientos, o de necesidad de

expresarlos al menos. Aunque ambos sabían que mi madre escribía estos cuadernos, nunca mostraron la más mínima curiosidad por saber qué pensaba ella, cuáles eran sus sentimientos. Pero la querían, la querían mucho. Mi hermano mayor estaba verdaderamente afligido el día que mamá falleció. No paró de llorar. Jamás había visto así al que fuera el hombre de la casa desde que murió mi padre, al hombre fuerte, al cabeza de familia. También tiene su corazón, aunque me cueste reconocerlo algunas veces. Somos diferentes, eso es todo.

Los siete cuadernos que escribió mi madre estaban apilados y atados por un fino cordel formando un paquete. Todos tenían la pasta dura de color rojo burdeos con el título "LIBRO DE ACTAS" en letras doradas. Eran los mismos cuadernos que utilizaba mi padre para su negocio. Siempre tenía alguno sin estrenar, así que era lo que ella tenía a la mano para escribir. Esto me tuvo despistada durante un par de años. Mi padre me dejaba leer sus libros de actas sin impedimentos de ninguna índole, aunque aquello era para mí de lo más aburrido e ininteligible: "se levanta la sesión a las doce y cuarenta y ocho", "el Administrador presenta su renuncia irrevocable", "la votación se hará por mayoría simple". Eran expresiones que con siete años no alcanzaba a comprender, ni siquiera lo intentaba, solo me preguntaba si mamá también escribiría estas cosas en sus libros de actas y por qué. Eso hacía que ardiera en deseos de acceder a aquellos cuadernos. Todavía recuerdo con cierto rubor la indescifrable pregunta que le hice a mi profesor de segundo para intentar arrojar algo de luz sobre este asunto: "Don Manuel ¿Las madres por qué escriben sus actas en un libro?

Todos los cuadernos tenían el nombre en la portadilla interior, Marta Mendizábal, y la fecha en que escribía aparecía en la cabecera de la primera de las hojas que utilizaba ese día. Abrí el primer libro y la primera hoja estaba fechada el veinte de octubre de mil novecientos sesenta y tres, el día que yo nací, el día que mamá tomó la decisión de legar sus sentimientos y sus emociones plasmándolos por escrito en este testamento de su alma. Supongo que la alegría de haber parido a la niña que tanto deseaba influyó en esta decisión. En estas primeras reflexiones describía cómo, convirtiéndose en madre, había llegado al cénit de su vida, a la plenitud como persona, para ella la justificación última de su propia existencia. Enumeraba los sentimientos, emociones y sensibilidades que se le habían despertado o potenciado a raíz del nacimiento de su primer hijo. Recuerdo que me habló de esto mismo cuando tenía nueve años. Lo comprendí dieciocho años después, cuando tuve a mi primer hijo y descubrí el inconmensurable amor de madre, el mismo que mi madre había sentido por mí y al que nunca correspondí en su misma medida justo hasta el momento en que pusieron en mi regazo al nuevo fruto de mis entrañas, ensangrentado y llorando con todas sus fuerzas. Siempre había creído querer a mi madre, pero fue a partir de aquí cuando mi amor por ella se hizo infinito, eterno, real.

Seguí ojeando el resto de cuadernos, leyendo entusiasmada sus pensamientos. De alguna manera todos me resultaban familiares porque ella me los fue transmitiendo a lo largo de su vida, en aquellas conversaciones que manteníamos de vez en cuando, desde los años infantiles en que a mí me empezaban a proliferar las dudas acerca de la vida, las existenciales, las físicas, las metafísicas, las emocionales, las fáciles y las difíciles de resolver. Encontré lo que escribió el cuatro de febrero de mil novecientos sesenta y ocho acerca del concepto que tenía de la vida. Cinco años después me lo explicaría de viva voz una tarde de primavera en la que yo lloraba desconsolada por la muerte de mi mascota "Pequi", un gorrión al que crié desde que salió de su cascarón: "Es lógico que ahora te sientas muy mal, María, pero así es la vida, cruel a veces, sí, pero maravillosa en definitiva. Verás, así lo veo yo: la vida es un reto constante, una apuesta. Apuestas por vivir o por no vivir. Si apuestas por vivir optas por afrontar la vida con todas sus consecuencias porque, como en toda apuesta, puedes ganar o perder. Por ejemplo, si apuestas por la amistad de una amiga puede que esa amistad dure toda la vida, pero también te arriesgas a perderla en cualquier momento y por cualquier motivo. O si decides tener una

mascota, jugarás con ella y le tendrás afecto, pero asumes que algún día puede morir y dejarte y que eso te partirá el alma. La segunda opción sería no arriesgar nada, no tener amiga, ni mascota, pero eso sería no vivir". Esta descripción fue decisiva para mí en la manera de afrontar mi vida a partir de ese momento.

Llegué hasta el último cuaderno. Casi todas sus hojas estaban en blanco, excepto las seis primeras. Habían sido escritas en cuatro fechas diferentes. La última de ellas era el veinticinco de agosto de mil novecientos setenta y cuatro. Ese día mi madre solo escribió dos palabras, una pregunta: ¿Por qué? Es posible que con intención de contestarla, pero no lo hizo. Jamás volvió a escribir. El resto de la página estaba salpicada de pequeños círculos donde el papel se ennegrecía, como si gotas de lluvia hubieran caído sobre él. Siempre recordaré ese día como el más triste de mi vida. Aquella calurosa mañana de domingo el cortejo fúnebre salió de mi casa a las doce menos cuarto. El silencio absoluto era abatido por el llanto desgarrador de mi madre, cuyos sollozos se clavaban en mi corazón como afilados cuchillos de doble filo que me producían un insoportable e intenso dolor, y que se sumaba a la amargura y tristeza de saber que mi padre yacía en aquel recién barnizado féretro de madera a hombros de unos cuantos hombres. Quizás mi madre se preguntaba con esas dos palabras por qué, tras una larga lucha contra una enfermedad que casi le cuesta la vida, por qué, después de sacar adelante junto a su esposa una familia con tres hijos, a veces con penuria, por qué, habiendo salvado su negocio de la bancarrota con dedicación y esfuerzo, por qué la fatalidad se cebó en él sobreviniéndole una muerte absurda, cuando, el día anterior, de camino al trabajo, tropezó y un mal golpe se lo llevó para siempre. Cuando volvimos a casa después de enterrar a mi padre, mi madre se encerró en su habitación e intentó derramar sus sentimientos sobre el papel, pero solo sus lágrimas consiguieron llegar hasta él. Tal vez no escribiera la respuesta a esa pregunta pero estoy segura de que la grabó en su mente. Mi madre apostó por un matrimonio feliz y perdió la apuesta, esa apuesta. Pero optó por vivir, por seguir viviendo. Así que, cerró el cuaderno y, enjugándose las lágrimas, salió de su habitación y, con tan solo la expresión de su cara y la mirada que nos dirigió a cada uno de nosotros tres, nos transmitió que tendríamos que continuar nuestro camino sin mi padre y que todo saldría bien.

Mis hermanos empezaban a impacientarse y volvieron a requerir mi presencia para marcharnos, así que cerré el baúl, apilé de nuevo los cuadernos, los até con el fino cordel y me dirigí con ellos hacia la escalera que me haría emerger del mar de recuerdos en que había estado sumida durante las dos últimas horas. Por fin, después de tantos años, tenía en mi poder los anhelados libros de actas que mi madre escribió. Serviría para recordarla y para alimentar mi propia alma con sus pensamientos. Subí el primer escalón y me detuve. La idea golpeó tan fuerte mi mente que estuve aturdida por unos segundos. Pero no me equivocaba, yo no necesitaba esos cuadernos, lo que contenían no era ningún secreto. Ni siquiera mis hermanos necesitaban leerlos para conocer a mamá. Los tres estábamos impregnados de todo cuánto allí se decía y, a través de nosotros, nuestros propios hijos. Nuestra madre se encargó de ello educándonos a lo largo de los años, contagiándonos su forma de ser, transmitiéndonos sus valores de vida, formándonos en el amor, en el esfuerzo, en el coraje, en la amistad, en la familia, en… vivir. Claro que no, no me hacían falta. Pensé que serían de más utilidad a otras personas, así que me volví y dejé los cuadernos en el baúl beige. Es posible que la joven pareja que al fin compró la casa los leyera algún día y quedara fascinada como mi madre me fascinó a mí. Subí los diecinueve escalones, apagué la luz y cerré la chirriante puerta por última vez.

María Ramos

La dama del corazón de piedra

Andrei Madalin Umbrarescu
Categoría Juvenil

Era una tarde gris de octubre. Las negras nubes amenazaban con descargar su furia en la tierra y el viento embestía con la fuerza de un toro. El mal tiempo obligó a los niños a quedarse en sus casas y a los adultos a reunirse en las tabernas para dejar correr el dinero en cervezas. Las mujeres bailaban y reían mientras que los hombres, algunos observaban el baile de las jóvenes, y otros estaban reunidos en grupos, charlando y bebiendo hasta perder el sentido. Steven, un hombre de cuarenta años pero con aspecto más envejecido de lo que su edad supone, estaba reunido con dos compañeros de trabajo. Estaban sentados en un rincón de la taberna, observando la alegría que difundían los jóvenes bajo los efectos del alcohol y de algunos ancianos que se animaban a hacer lo mismo.

-Me pregunto, si alguno de esta gentuza tiene familia –dijo Steven alargando la vista a su compañero de la derecha, George.

George era el vecino de Steven y tenían la misma edad. Pasaron la infancia juntos y aún siguen estando igual de unidos. Se podría decir que eran como hermanos.

-Algunos están por lo mismo, porque no tienen. Otros simplemente prefieren esto, y al fin y al cabo acabarán perdiendo a sus familiares, así volviendo a lo primero, a que serán desgraciados sin familia. Por último, los jóvenes son jóvenes, que aprovechen antes de que les salgan arrugas –dijo George con aire reflexivo.

Claudio, el tercer compañero y diez años mayor que los otros dos, se llevó el cigarrillo a los labios y expulsó en el aire una densa capa de humo.

-Que falte lo que tenga que faltar, pero que no falte la alegría. ¿Qué mas nos da a nosotros la vida de algunos insensatos, mientras se respire un ambiente placentero? Que fluyan las risas y la cerveza si hace falta, antes de que las lágrimas petrifiquen al corazón –río Claudio.

-Ya estamos de nuevo –añadió George con cansancio.

Claudio nunca dudó de sus palabras.

-La dama del corazón de piedra, ¿eh, Claudio? –Steven sonrió a su compañero que daba otra calada.

-En tardes como estas, una joven hermosa, aparece en las oscuras calles de este pueblo, con el fin de seducir a un pobre hombre dolido por los desengaños amorosos, y quitarle toda la energía vital que le queda a su corazón, petrificándolo para siempre y cambiando su conducta. La dama se alimenta de esa energía para mantenerse viva, mientras que el desgraciado, no dejará nunca de pensar en ella, hasta que el sufrimiento lo conducirá a la muerte –relató Claudio.

-Bah, tonterías –gruñó George, haciendo un ademán de ignorancia.

A George no le gustaban los mitos, no creía en estúpidas leyendas que los ancianos creaban para asustar a los jóvenes. Claudio lo miró con aire de superioridad.

-Ya veremos –susurró para sí mismo.

Era ya tarde y los tres hombres decidieron volver cada uno a su casa. Estuvieron esperando dentro del local hasta cesar la tormenta. Claudio se despidió de sus compañeros yendo por otro camino, mientras que Steven y George marcharon juntos. El silencio de la noche era incómodo y aún estaba chaporreando un poco. Steven jugueteaba con las llaves en el bolsillo causando un molesto ruido que George advirtió. El camino era largo y la noche silenciosa, solamente las gotas de agua podían oírse.

-Maldito tiempo –gruñó George.

Steven soltó una carcajada. El temperamento de George era conocido en el pueblo y todo el mundo sabía hasta que limite podría llegar. Era una persona muy admirada por sus amigos, pero temida por sus enemigos.

-Dos valientes andando en la noche oscura bajo la lluvia y los susurros del viento. ¿Qué te parece? –se rió Steven.

George hizo una imitación de una carcajada pero en tono de burla a la que Steven reaccionó con una sonrisa. Desde pequeños solían hacerse bromas pesadas el uno al otro y nada cambió hasta entonces, ni siquiera la fuerte amistad que les unía.

Un nuevo silencio acogió la larga calle por donde caminaban los dos hombres. George decidió romperlo:

-Bueno amigo, dime, ¿qué piensas sobre esa leyenda de la dama del corazón de piedra?

Steven miró a su amigo sin quitar la sonrisa de sus labios y con ojos afectuosos.

-¿Tienes miedo, George Waltz? –se burló.

-Imbécil –gruñó George.

-Puede existir –dijo Steven–, o no. Lo que si es verdad, es que muchos hombres han desaparecido últimamente y han tenido violentos cambios de actitud. Se vuelven solitarios o violentos. Dependen del alcohol y dejan atrás sus esposas e hijos.

-El corazón del hombre es muy fácil de corromper, ya sea por problemas personales, económicos, o lo que fuera –interrumpió George.

-Demasiadas coincidencias amigo mío –prosiguió Steven–, demasiadas coincidencias…

El camino llegaba a su fin y el destino de ambos amigos estaba cerca. Tomaron la próxima calle a la derecha y quinientos metros más adelante se hallaría las dos casas que están una en frente de la otra. Al llegar, se despidieron entre nuevas bromas y burlas.

Eran cerca de las once de la noche, y la esposa de George lo aguardaba junto a su hija de nueve años para cenar. George le dio un beso a su esposa al entrar y abrazó a su hija, como de costumbre. Era una familia feliz, sin ningún problema por medio que pudiera estropearla. El sueño batió a toda la familia y se fueron a la cama nada más cenar, pero aquella noche George

no pudo dormir bien. En sus sueños, una dama vestida de blanco lo perseguía por las oscuras calles del pueblo con un corazón de piedra en su mano. George se despertó violentamente y eso asustó a su esposa que descansaba a su lado. Hubo un momento de confusión, pero George tranquilizó finalmente a su mujer y decidió darse un paseo para poder tranquilizarse él mismo. Se vistió y salió a la calle a darse un breve paseo nocturno. Olía a tierra mojada, y eso traía muchos recuerdos a George de su infancia, de sus difuntos padres, de aquellos días en los que jugaba con Steven y con los demás niños que se marcharon en otras tierras. El cielo estaba despejado y podía admirarse las hermosas constelaciones y el brillo de las estrellas. George se sentía en paz consigo mismo, estaba tranquilo. Decidió alargar su paseo un poco más, aquella sensación era demasiado agradable como para dejarla acabar tan pronto. George prosiguió su camino hasta llegar a la gran plaza del pueblo. En ese momento, el viento empezó a soplar por encima de la agradable brisa que predominaba antes. Unos extraños ruidos que parecían más bien susurros empezaron a oírse por detrás de George, obligándole a darse la vuelta rápidamente y comprobar el terreno. Aquel agradable momento que nuestro hombre estaba viviendo pasó a convertirse en una escena de terror. George estaba aterrado y pensó que lo mejor era volver a casa pero al darse la vuelta, una silueta en el fondo se estaba dirigiendo hacia él. Llevaba una túnica blanca, encapuchada, parecía sujetar algo en la mano. George recordó su sueño y trató de huir desesperado por los sucios callejones. El sudor resbalaba por su frente y la adrenalina pegaba fuertes subidones. George trató de pellizcarse la piel para comprobar si era nuevamente aquella pesadilla. No, no era ninguna pesadilla. Por muchas veces que se pudiera chocar con la pared, no se despertaría, pues era realidad. George no dejó de correr en ningún momento, y en ningún momento miró hacia atrás. Tal era el miedo que no se daba cuenta que se estaba alejando cada vez más de su casa y que se dirigía hacia un callejón sin salida. Cerró los ojos por un instante, y al abrirlos nuevamente, se encontró con un alto muro que le cerraba el paso. Maldijo mil veces hacia sus adentros por la mala suerte. Supuso que había dejado atrás fuera lo que hubiera sido aquello, pero su suposición se hallaba muy lejos de la verdad. En un instante, el personaje encapuchado de la túnica blanca apareció por la esquina. Caminaba muy despacio hacia George. La cara de éste se volvió blanca como la de un fantasma, como si estuviera en frente a la mismísima muerte. Podría estarlo.

Lentamente, el personaje de la túnica blanca llegaba hacia George. No le quedó más remedio que morderse el labio, llenarse de coraje y apretar los músculos en señal de ponerse a la ofensiva. Aquel era George, un auténtico luchador. Pero los luchadores tienen sus debilidades. El personaje de la túnica blanca se quitó la capucha y dejó a descubierto el rostro de una hermosa muchacha que brillaba en la oscura noche. Ni las estrellas ni la luna podían competir con la belleza que George estaba admirando en ese momento. Sus ojos penetrables eran grises y su rostro blanco como la nieve. Sus labios carnosos tentaban a George y su cabello dorado estaba siendo arrastrado por la suave brisa que se impuso. La joven muchacha sonrió y le señaló un corazón de piedra que sujetaba en la mano. Sus labios expulsaron unas siniestras palabras acompañada de una sonrisa que tomó forma maligna:

-¿Sigue pensando en la inexistencia de los personajes de los cuentos, señor Waltz?

George se estremeció.

-¿Sigues pensando en la inexistencia de la dama del corazón de piedra, George? –volvió a decir sin quitar aquella maligna sonrisa que lo tenía cautivo.

Los ojos de la muchacha se abrieron más de lo normal e incrustó el miedo en el corazón de George.

-Un hombre tan atractivo y a la vez tan estúpido –dijo la muchacha esta vez con odio.

George sintió que su corazón iba a explotar de las fuertes palpitaciones que tenía en ese momento. No dijo ni una sola palabra en ningún momento y pensó que aquel iba a ser su último momento con vida. Se arrepintió de haber ignorado la leyenda de la dama del corazón de piedra y de la indirecta advertencia que hizo su compañero Claudio.

En ese momento, la joven muchacha se acercó a George y tocó sus labios con el dedo índice.

-No me olvides George, espero que esta noche te haya servido de algo –dijo la dama en un susurro sensual.

La joven muchacha hizo un corte en el labio de George con la uña y dio dos pasos hacia atrás.

George cerró los ojos y de repente… todo cambió. Todo desapareció. La joven muchacha, el callejón sin salida… Se hallaba en frente de su casa. George se frotó los ojos tres veces. Quizás fue una posible alucinación que aquellas noches podía provocar, una simple jugada de la imaginación. Podría haber sido cualquier cosa. George se despreocupó un momento. Entró en la casa y trató de olvidar el asunto, pero al entrar en la cama, se dio cuenta que había sangre en su almohada. Esa sangre venía de su labio. Tenía un pequeño corte. George sintió un fuerte sentimiento que no podía explicar al recordar lo que hace diez minutos había ocurrido. Su esposa volvió a despertarse y preguntaba si se encontraba bien. Esta vez George vaciló un instante, pero consiguió afirmar finalmente, aunque hubiese sido todo lo contrario.

En los días siguientes, el comportamiento de George dio un giro muy radical. Se había vuelto un hombre solitario y sentía una fuerte opresión en el pecho, sin siquiera saber el motivo. George no fue capaz de olvidar aquella extraña noche. Se mostró más distante con sus compañeros, con Steven, con su esposa y con su hija.

-¿Qué te ocurre George? No pareces el mismo –le preguntó Steven un día de aquellos.

George no contestaba siquiera. Se limitaba a agachar la cabeza y a eludir el tema. Lo tomarían por loco, y lo peor de todo es que iría en contra de su orgullo dándole la razón a Claudio. George nunca traicionaba su orgullo.

Todas las noches se acostaba con aquel persistente recuerdo. Cuando soñaba también soñaba con esa joven muchacha que le robó el corazón y se lo petrificó. Su esposa estaba preocupada, no menos la hija.

-George, por Dios, ¿que te ocurre? ¡Cuéntame maldita sea, no eres tú!

George desganado hacía un ademán con la mano para decirle que le dejara en paz. Su esposa palideció. Él nunca hizo ese gesto. Fue a hablar con varios vecinos del pueblo y pensó en acudir a un psiquiatra.

-El señor Hooking es un profesional –le dijo la esposa de Steven, también presente en la conversación con la preocupada mujer.

A los dos días el señor Hooking apareció en el portal de los Waltz.

-¿Qué significa esto? –gruñó George.

Su mujer acudió al instante.

-Cariño, estamos todos preocupados, estás muy diferente… Steven, Claudio, yo… Hemos pensado en llamar al señor Hooking para que te hiciera una serie de pruebas para ver si te ocurre algo… George por favor…

George accedió de mala gana. Él y el psiquiatra se fueron a una habitación a solas. Se sentaron ambos uno frente del otro. El psiquiatra adoptó una posición cómoda tratando de producir una conversación abierta para que George explicara sus emociones. Pero no todo iba a salir tal como el señor Hooking tenía planeado.

-Dígame George, ¿qué nota realmente en su interior?

-Cansancio. Cansancio de preguntas que me hace usted y el resto de la gente.

"Uhm. Un tipo duro" –pensó Hooking.

-Verá George, usted está cansado no de las preguntas, sino de la preocupación que tenemos por ti. ¿Por qué no tiene más en consideración las buenas intenciones que la persistencia de los interrogantes?

-¿Que por qué? Mire, no me joda. No me pasa nada, ¿de acuerdo? –mentía –. Son solo imaginaciones, suyas y de los demás. Si de verdad me pasara algo lo sabría yo antes que vosotros.

Hooking se quitó las gafas.

-De acuerdo. Hagamos una cosa. Hagamos una recapitulación de todo lo que hacías hace dos semanas, antes del supuesto cambio que niegas, y todo lo que has hecho esta semana por ejemplo. ¿Ha ocurrido algo en concreto?

George tragó saliva. Estaba sudando y temblando.

-No.

-Me miente –dijo Hooking con firmeza.

George aprieta el puño.

-He dicho que no.

Hooking le mira fijamente.

-Me estás mintiendo George.

-¡He dicho que no ha ocurrido nada! – Gritó George.

Seguidamente éste le propino un puñetazo al psiquiatra y salió de la habitación dando un portazo. Su mujer trató de detenerlo pero también golpeó a ella apartándola de su camino.

George llegó a abandonar a su familia y acabó huyendo de ese pueblo, aislándose en las montañas, desapareciendo para siempre. No fue capaz de encontrar más ganas de vivir, no fue capaz de olvidar a la bella dama que sujetaba el corazón de piedra. Quizás es por eso por lo que ella se llama así.

La dama roba el corazón del hombre, y lo sustituye dejándolo por uno de piedra, dejando un profundo vacío y dolor. Quizás George haya muerto, como el resto de las victimas de la dama del corazón de piedra. Quizás no aguantó ni un día más siquiera con la tortura de la persecución de esos ojos en su memoria. Quizás, quizás y quizás… ¿Quién sabe? ¿Acaso el hombre decide su destino cuando se enamora de una mujer?

La Nueva

Elena Polo Dominguez
Categoría Infantil

Era se una vez una niña llamada Alexis.

Alexis tenía siete años y vivía con sus padres en Hollywood. La niñita era pelirroja con ojos azules como su madre y llorona como su padre de pequeño. Alexis tenía que ir al cole, pero ella no conocía a nadie porque antes de ir a vivir a Hollywood vivía en Málaga.

Cuando Alexis comenzó el cole, todo el mundo le insultaba porque era nueva, y a las nuevas siempre les gastaban muchas bromas.

Cuando Alexis salió al recreo, los niños de su clase planearon una broma. Cuando menos se lo esperaba ,Alexis, los niños de su clase empezaron a tirarles globos de agua y le dijeron:

- Como escuchemos que la maestra se ha enterado de la broma o alguièm se lo dice la cosa irá de mal a peor.

Al tocar el timbre para ir a las clases la maestra vio que una de sus alumnas estaba empapada de agua y le preguntó:

- Señorita Alexis, ¿qué le ha pasado, está empapada?

Alexis asustada le dijo:

- Nada maestra, que me he caído en un charco de agua pero no pasa nada.

La chiquilla estaba demasiado asustada, para decirle la verdad.

Al cabo de un rato, tocó la sirena para irse a casa. Alexis mientras esperaba a su madre se fue a los columpios que había en el parque de enfrente. Al columpiarse tan alto vio que sus compañeros venían y creía que venían a pedirle perdón por lo de antes pero...

Se pusieron a moverle el columpio para que se cayera. Con la velocidad que alcanzo las probabilidades de caerse era muchas. Alexis al final se cayó y los niños se empezaron a reír y le dijeron:

- Jajajaja, ni sabes esquivar globos de agua y ni sabes mantener el equilibrio ¡jajajaja!.

Alexis estaba entristecida, no sabía que hacer. Al cabo de un rato llego su madre en el coche, tenía una noticia que darle.

Al llegar a su casa y desinfectarse las heridas de la caída, la madre se acerco y le dijo:

- Alexis tu padre se ha ido a Inglaterra.

La niña se fue a su cuarto a llorar porque su padre ni se había despedido de ella.

La madre entro en su cuarto y le dijo:

- Alexis, cariño papa no pudo despedirse porque perdería el avión. No llores que papá te quiere mucho.

Alexis se quitó las lagrimas de los ojos y le dijo a la madre:

- ¿De verdad?.
- Si cariño- le dijo la madre.

Al cabo de cuatro meses Alexis seguía sin adaptarse a la escuela y cada día echaba de menos a su padre.

Un día a la hora merendar la madre de Alexis le dijo: “Alexis tu padre ha muerto”.

-Alexis, tu padre ha... muerto por un terrible accidente.

La niña se fue ha su cuarto, cerró la puerta de un portazo y se puso a llorar.

La madre entró en su cuarto y le dijo:

-No llores hija, si quieres para desahogarte juega al ordenador.

Alexis se puso en el ordenador y descubrió que había una pagina llamada You Tube. La niña se sintió muy feliz viendo como la gente haciendo gracia. Al día siguiente, Alexis, conoció a una niña llamada Laura, que también veía cosas graciosas en You Tube. Las dos amigas decidieron quedar en el parque y se encontraron a una niña llamada Elena.

Ese mismo día Alexis estaba muy triste y le pregunto Elena:

-¿Que te pasa Alexis?

-Nada- dijo la niñita muy triste.

-Vamos puedes confiar en nosotras- dijo Laura.

Alexis no sabía si decírselo o no.

Al final Alexis se lo contó y le dijo que su padre había muerto. Suspendía todos los exámenes y no caía bien a nadie salvo a ellas, y le dijo Elena:

-Para nada tu no deberías de estar triste, si no quieren ser tus amigos que se aguanten porque no saben lo que se pierden.

-Eso- afirmo Laura.

Alexis se dio cuenta en ese mismo momento que daba igual la cantidad de amigas que tuviese, porque aun siendo pocas siempre estarán a tu lado.

Pasados unos meses, en un bello atardecer de verano las tres niñitas tenían que ir al cole. Esa misma mañana la profesora Antonia dijo que había unos nuevos compañeros se llamaban: Lucia, Joaquín, Juanma Fernandez, Ana Tello, Juanma Moya, Mario y Alma.

En el recreo Alexis, Laura y Elena se van hacia los nuevos y ven que un grupo de niños están gastando una broma y dicen:

-¡Basta! Porque hacéis esto, no os dais cuenta de que vosotros también habéis sido nuevos.

Los niños y las niñas nuevas se lo agradecieron y todos se hicieron amigos.

Con el paso del tiempo, eran muy buenos amigos porque tenían muchas cosas en común. Aunque no siempre era así había veces en las que se peleaban y se enfadaban pero siempre eran amigos.

Al siguiente día era el cumpleaños de Alexis, cumplía ocho años y quería invitar a todos sus amigos a su cumpleaños pero su madre no quería celebrar un octavo cumpleaños porque tendría que preparárselo todo ella. La niña fue muy lista y le dijo:

-Mama piensatelo, si soy pesada hablando imaginate todo un día de “admela la fiesta, admela, admela...”

La madre sabía que se quedaría calva de tanto estrés ,a sí que decidió montársela. La niña entrego las invitaciones y dijo que era en su casa a las 18:00 horas.

Todos se lo pasaron muy bien en su cumpleaños y aprendieron que teniendo amigos seras feliz y sin amigos estarás triste y solo ó sola.

Amor en la Provenza

José Manuel Acuña Fernández
Categoría Adultos

Desde la enorme ventana que preside el estudio de la Colina de Lauves, el mojado gran cedro del Líbano se ve solitario. Los olivos e higuerillas que adornan el jardín parecen estar presagiando algo. En estos momentos recuerdo las palabras acerca de la lluvia de mi exmujer, Hortense, en la gigantesca e inhóspita mansión de Jas de Bouffan. Fueron otros tiempos, sin duda. Miro alrededor y parece que al fin me he encontrado conmigo mismo; mis abrigos, la sombrilla, mi inseparable sombrero, el caballete, los pinceles, algunos bocetos o las cartas de noveles pintores procedentes de la extravagante e insulsa París.

Todos los días, cuando salgo de mi apartamento de la calle Boulegon dirección a la colina, puedo escuchar las críticas de algunos lugareños sobre la rusticidad agreste, un poco de olvido y otro tanto de abandono visible en mi forma de vida. La crítica ha sido mi compañera desde que comencé mis primeros trazos en la Academia Suisse. Nunca fui el alumno destacado, pero jamás me importó la opinión artística de ningún nouveau crítico, es más, desconfío de ellos y de su galante palabrería. A mis 67 años soy un ser huraño, solitario y cansado, y parte de ello se lo debo al escepticismo que ha ido provocando en mi vida la nueva estética que impera en este extraño arte de la pintura.

Vuelvo mi mirada a la ventana. La luz invade lentamente el jardín y los flautines de los pájaros llenan el aire. El tiempo es inestable, pero da igual. Hoy es lunes, y sinceramente, estoy deseando encontrarme con ella.

Decido coger los pinceles, la paleta, el abrigo, el sombrero y mi caballete. Cierro la vieja puerta del atelier y me dispongo a atravesar los embarrados y anegados senderos del jardín. Con parsimonia avanzo por el camino de la Marguerite para instalarme en ese punto elevado donde quedamos asiduamente como adolescentes enamorados. Ya la he dibujado en 11 óleos y 17 acuarelas, pero aún me falta mi mejor obra. Y ella no puede

faltar. Mi hijo, cuando esporádicamente me visita, no se olvida de recriminarme la obsesión casi enfermiza que siento por ella.

Ha empezado a llover nuevamente, pero es una suave brizna. Avanzo por el sendero con paso decidido, no puedo faltar a nuestro encuentro. Cada cosa que hallan mis ojos por el camino es un puente, a veces tranquilo, generalmente tortuoso, que me lleva al pasado. Me pregunto si ella recordará alguno de esos días primaverales donde las horas se perdían en la eternidad. Me pregunto, también, en este crepúsculo sin fin, cuánto durará esta relación.

Sé que a Hortense, mi exmujer, desde la distancia, le resulta difícil verme en este nuevo estado de ilusión y embriaguez que vivo a mi senectud. Ella lo sabe todo. Sería ingenuo pensar que después de casi media vida de convivencia con Hortense, no conozcamos un palmo de nuestras fantasías y recuerdos, un pedazo de ese terreno que consideramos impenetrable por el otro. Día a día mi nueva amante se ha convertido en mi doble. Me impregna su dulzura y su robustez. Termina siendo mi confidente y mi eco y Hortense lo sabe. Mi exmujer quiere hacerme creer que entre ella y yo no hay lugar para el misterio. A través de sus cartas me cuenta su día a día, la evolución de nuestro hijo, sus sueños, y como no, su nostalgia y deseo para que vuelva a su lado pese a nuestras infinitas peleas. Me sorprende que no le importe que yo no conteste ninguna de sus cartas. Es como si aceptara que mi ausencia de todo lo presente fuera un matiz natural de mi persona. A veces pienso que ve el mundo de manera muy simple, y que yo, llegué a ella simplemente por ser una persona diferente. Pero en el fondo, ella conoce la verdad, estoy convencido. A pesar de que nunca hubo una pregunta ni un reproche en sus cartas hacia mi nuevo amor.

Sigo caminando. Queda un trecho aun para llegar al punto de encuentro con mi amada. En mi juventud el amor me parecía un sentimiento intemporal, finito, con fecha de caducidad. Recuerdo con una pícara sonrisa el día que conocí a Hortense en aquella librería de París. A partir de ese mismo momento decidí cambiar mi percepción sobre el amor y comencé a decirme a mí mismo que el amor debía de ser eterno. Sé que la palabra “eterno” tiene sentido cuando se habla de un amor que dura lo que dura la vida de una persona. Sé que mi amor hacia Hortense se disolvió irremediablemente. Pero también sé que el tiempo que duró tal sentimiento pudo vestirse con esa palabra. Podría decir que fue eterno mientras nutrió mis mejores sueños, luego murió.

Pese al principio, Hortense sabía cuál sería el desenlace. Por no contrariarla dije no creer en los amores perennes. Sin embargo, al conocer la pasión, comprendí que para quienes empiezan en el amor, el olvido es una realidad remota. Nada me importaron mi familia, los rumores, tantos años de llevar la relación oculta, ni sus reproches por mi forma de amar. Se convirtió en refugio, y en él me acepté. Pero todo se volvió en confusión y problema cuando verdaderamente convivimos el día a día. Por eso recibí a mi amante.

La lluvia empieza a apretar, pero no me detengo. Estoy cerca del encuentro. Mientras tanto, mi mente repasa los años de convivencia con Hortense y creo que un abismo se ha abierto entre mi exmujer y yo. Con Hortense jamás pude compenetrarme del todo. Contigo,

en cambio, ese anhelo de ser dos en uno se ha vuelto obsesión. Mi exesposa piensa que te he recibido por resentimiento. Pero es tan fácil para el que está desgarrado abrir las puertas de su corazón... Y allí estabas tú. Sin esperarlo. Gracias a la visita que hice unas vacaciones en casa del hermano de Hortense a varios kilómetros de Aix en Provence. Te vi aparecer por primera vez aquella soleada mañana. Bien delineada, levantada como una revelación inesperada. ¡Qué impulso, qué sed de sol y qué melancolía en la tarde cuando la pesadez cae y se dulcifica! Fue un momento mágico, un amor a primera vista. Compartimos esa mañana deleitándonos uno del otro, pero me tuve que marchar con la promesa de que volvería.

Cuando Hortense y yo poco más tarde volvimos a la Provenza, el muro entre ella y yo fue alargándose y terminó odiándome un poco más si cabe. No fue culpa de mi diabetes como ella solía decir a los vecinos, es culpa del amor desgastado. Con Hortense no encontré la forma de acabar con los recuerdos. Sufrimos mucho y fuimos perseguidos por toda una sociedad. Eran tan insignificantes las opiniones que nos señalaban como personas extraviadas, que me decía al oído, abrazándome a veces, que todo era envidia. Y cuando las calles estaban llenas de silencio, íbamos a su cuarto. Hablábamos con palabras que eran caricias. La dibujaba con todo el amor y cariño del mundo, como si fuera mi último trazo. Y lo hacíamos hasta que la embriaguez del arte desembocase en la embriaguez de los cuerpos. Y yo la veía, desnuda, con su pelo cayendo y una toga blanca sostenida en sus rodillas, y después tendida en el colchón, tan frágil y suave como la hierba. Y pensaba que Hortense era la única realidad válida en un mundo que reprochaba mi naturaleza amorosa. Pero esa realidad fue fugaz.

Ya he llegado a nuestro punto de encuentro. La lluvia aprieta intensamente, pero ahí estás tú esperándome tan hermosa como nunca. Suelto el caballete, las pinturas y el lienzo en el suelo. Me detengo, mi corazón palpita acelerado y solo puedo escuchar mis pisadas de lluvia sobre las rocas. Al otro lado, el viento mueve con agresividad los cipreses. También escucho, más allá del sendero, cómo la lluvia incrementa su fuerza. No importa, este es nuestro momento.

Nos fundimos como enamorados. Tú sabías que desde que te vi te convertiste en mi suprema obsesión. No deseo que te vayas. Quiero, más bien, que me veas mirar como trazo lentamente con mi pincel tu belleza. Luego, mientras las huellas sonoras de la lluvia continúan te convertirás en esa realidad, entre telúrica y onírica que me permitirá alcanzar mi sueño. Me tildan de loco por amar a una montaña. Montaña mágica de Santa Victoria, gracias a ti he descubierto el verdadero amor. Mi único amor. El amor a la pintura.

Y con un fuerte temporal con mi pincel en mano pintando a su amada, la montaña de Santa Victoria, yo, Paul Cezànne, pude convertir en realidad ese sueño: alcanzar la muerte pintando.

Lágrimas impacientes

Laura Gómez Navarro
Categoría Juvenil

Nunca hubieras podido evitar que se marchase, es imposible retenerla. El otoño apenas había comenzado cuando cayó, al igual que las primeras hojas secas. Se asemeja a los pájaros que vuelan lejos, solo que ella es el árbol cuyas ramas quedan vacías. Por ahora solo hay flores que no tardarán en marchitarse al igual que el resto. Creo que si fuese un árbol estaría en un cementerio. Sola pero acompañada, rodeada de personas que en realidad no están, gente que no son más que sombras. Por eso está sola, aunque todo este lleno. Frágil como sus flores, temblorosa como el rocío en ellas, tienes que tener cuidado al acercarte o resbalará hasta el suelo.

No llegué a preguntarle el motivo de sus tormentas a causa de sus evasivas, pero paseé por sus ruinas. Su sonrisa es solo fachada mientras que el interior arde. Sus propias cenizas se le escapan de entre los dedos y aunque cierre el puño y lo proteja, su interior está tan vacío como su palma. Por eso es imposible contenerla, ya se ha elevado y ahora no queda nada. Te cruzas con el reflejo de lo que era y, como un espejo, te devuelve la imagen de lo que esperas que sea. Tan vacía que tu voz resuena dentro de su cabeza. Dicen que es algo complicada, y es cierto que es difícil acercarse lo suficiente como para ver el interior de sus ojos antes de que huya. Toda lágrimas, el peso sobre sus hombros y la angustia en su pecho. Aun así, aunque no la tengas cerca puedes ver cómo sus sueños se disuelven en impotencia. Tras esa imagen distinta e impredecible se esconde la inseguridad.

Las hojas secas crujen bajo sus pies y corre, no vayas a alcanzarla. Sé que se girará con la esperanza de que la sigas. Es una lástima que ahora ya nadie se moleste y todo se sirva en bandeja. Esta vez, si quieres llegar hasta ella tendrás que perseguirla. Las copas vibran y estalla en mil pedazos destrozando su interior, fuerza lo que no quiere que los demás vean. Si tan solo saltases, caerías con ella y lo verías como lo ve. El viento agita sus pensamientos y las hojas revolotean a su alrededor, oculta se protege del exterior, aunque llegue el frío. Si quisieses entrar, solamente tendrías que intentarlo, tan solo si soportases algún que otro rasguño podría entrever tu silueta entre sus pestañas. El tiempo se impacienta e insiste, pero ella no quiere afrontar nada y cuando tenga que marcharse se marchará, es inevitable. Se desvanecerá con la misma sutileza con la que aparece y se esfumará por completo. Se trata de eso, de que no logres acostumbrarte. Vive en un cambio constante al que nadie puede adaptarse. Puede que vuelvas a cruzártela, aunque no la reconozcas, pensarás en encontrarla cuando ni siquiera la buscaste. No se trata de salvarla de nada, ni de protegerla, se basta sola y el que corre peligro al acercarse eres tú al tratar de entender su mundo intermitente, al querer vivir en la inestabilidad y al respirar su aire.

Huye y la buscas, lo que no entiendes es que huye de ella misma y no quiere que la encuentren. Por el suelo como el ocre otoño, se desliza como agua aunque su corazón esté estancado. Por eso no deberías acercarte, nunca hubieras podido evitar que se rompiese.

Niños y niñas sin hogar

Isabel Muñoz Torres
Categoría Infantil

Hace mucho mucho tiempo vivían en un orfanato seis niñas y dos niños, las niñas se llamaban Cintia, Luisa, María, Celia, Marta y Alma y los niños Manuel y Juan, ninguno tenía familia y en el orfanato vivían con una cuidadora muy fea y muy mala llamada Orfilia que siempre los maltrataba y hacía que siempre siempre estuvieran tristes. Pero una mañana cuando los niños y niñas se despertaron la señorita Orfilia los puso a limpiar y a hacer sus camas. Una vez hechas todas las tareas pidieron desayunar, pero la malvada Orfilia les indico que tenían que seguir trabajando, ahora fregando los platos y vasos y que una vez finalizado todo podrían hacer su propio desayuno.

¡Que pena, siendo tan niños y teniendo que trabajar como verdaderos adultos!

Cintia, Juan y Alma pedían todos los días a Dios tener familia para disfrutar del amor de un padre y de una madre que les diera dulzura y cariño, pero sin embargo a Luisa, Celia y Marta les daba igual porque no conocían nada mejor que lo que tenían. María y Manuel eran un poco más callados e introvertidos por eso nunca querían crear mal ambiente y enfadarse con sus compañeros.

Después de desayunar se vistieron y Orfilia de nuevo les mandó volver a limpiar y así todos los días.

Transcurrieron muchos años y todo seguía igual, pero llegó el gran día en el que una buena noticia les hizo a todos los niños y niñas del orfanato sacar una pequeña sonrisa, la señorita Orfilia les comunicó que había una familia que quería adoptar a algunos niños, todos incluidos los más tímidos querían tener la suerte de ser uno de los adoptados pero Orfilia de nuevo no permitiría que le estropearan su horrible pero encantador trabajo de limpiar y limpiar toda la casa.

Dejó que adoptaran a los más callados para que no contaran su horrible pesadilla en el orfanato, esos fueron Manuel y María.

Un buen día Manuel y María se hicieron fuertes y denunciaron esta situación y se cumplió el gran sueño de todos los niños y niñas, el tener cada uno de ellos una gran familia y a Orfilia la mandaron lejos a un lugar donde nunca más maltrataría a nadie y así desde entonces existe el lugar de los sueños, que lucha a cada instante por la libertad y educación hacia los más pequeños del mundo.

Poesías Ganadoras

Concurso de Relato corto y Poesía de Gerena

Recopilación 2009 - 2015

Cuando surca la paloma

José Luís Martín Cobos

Categoría Adultos

Cuando surca la paloma la espiga de las horas, la salamandra de la angustia avispea las sienes con telúrica presencia.
(César Vallejo reposa en su mirada andina, media estrofa más allá.)

…Los gallos de la madrugada picotean las alpargatas del arrumbado niño-cartón.
(Jack London vagabundea sus alas de vidrio roto por los bucólicos arrabales del olvido.)

…Hormiguea la sinrazón por los caminos amarillos del destierro.
(Diógenes delimita todo su imperio innecesario, burlando la sombra de Alejandro Magno.)

…El perro de la intolerancia ladra fusiles entre la cal andaluza.
(García Lorca entona nanas de avellano, en la cuneta muerta de la luna.)

…Anélida y etílica, se retuerce la noche emponzoñada.
(Allan Poe esconde la muerte en las paredes del cuervo afilado.)

…El sapo de la vida escupe sus miserias al charco de una nube.
(Henry Miller vomita sus úteros sobre las faldas impolutas de la Santa Madre Sociedad.)
…El caballo del músculo tira de sus venas entre el sudor del jornalero olvidado.
(Luis Álvarez Lencero siembra de versos el terruño, en una alborada extremeña.)

…Es una gaviota el silencio del poeta.
(Pablo Neruda, en su cóndor de piedra austral, insinúa arrecifes de océana palabra.)

…Culebrea la ortodoxia por la piedra del dogma degollado.
(Tristán Tzara corta las venas de una Europa sangrante y llora Manifiestos del NO, NO Y NO en la esquina de un piano exiliado.)

…El murciélago del recuerdo recita, con azteca pena, el yermo cacto de los siglos.
(Juan Rulfo reparte escapularios, perros y soledades. Y cada tarde, junto a las ánimas, orea sus pesares de lirio roto, en el umbral de una eterna callejuela.)

Cuando surca la paloma la espiga de las horas, se suma una incógnita callada a la ecuación de mis días.

Vidas anónimas

Manuel Carlos Cid

Categoría Adultos

Cruzó la mar con anhelo.
Con ese habla melosa,
con ese deje cansino
y sonrisa de amapola
que tiene el que deja atrás
todita su alma, toda.

Vino buscando trabajo
para llenar ocho bocas.
Sus padres, sus cinco hermanos
y su amantísima esposa..

Cuidó ganado en el campo
desde el alba hasta la aurora,
por cuatro míseras perras
que guardaba en sus alforjas.

Pero no tenia papeles
con que defender su honra
y aguantaba las tareas
y faenas más penosas.

Cuatro perras, y otras cuatro
que sacaba por las cosas
que, pastoreando, hacía
con palmas, hilos y sogas.

Un bolso de palmas finas.
Soplillos para la copa.
Pequeñas artesanías
que le engrosaban la bolsa.
Pero su mente no estaba
en la orilla salvadora,
sino en la orilla contraria.
En la orilla que él añora.

Sueña con poder ganar
algo más de lo que ahora,
aunque se juegue la vida
por la bandera española.

Se vino recién casado.
Vino acabada la boda.
Sin haberla consumado.
Casi sin ver a la novia.

Y son las malditas guerras,
esas que a nadie le importan,
las que le permite unirse
con la persona que evoca.

Por fin aquí los dos juntos
en la tierra proveedora,
de donde partió su abuelo
en época antecesora,
haciendo el camino inverso
y que nadie rememora.

De nuevo, otra nueva espera.
Una espera aterradora.
Otra misión les separa.
Otra guerra atronadora.
Y la espera es más pesada.
Y la espera es más penosa.
Que serán tres a la vuelta.
Que en su vientre vida brota.

Una vida que florece.

Pero otra vida que explota.

Dicen que fue un accidente.
Que fue un ataque a la tropa.
Que el enemigo acechaba
escondido tras las rocas.

Y se lo entregan envuelto
con la bandera y su gorra.

Ella llora sin consuelo
mientras sus carnes detonan.

Kilo y medio de esperanzas
florecen como una rosa,
Y no entiende que ha nacido
antes de llegar su hora,
y protesta como sabe:
llanto y canto de victoria

Un palacio de cristal
y de sondas salvadoras
es la primera morada
de esta pequeña persona

Cuatro días han pasado
-"¿Me estaré volviendo sorda?.
Ya no escucho aquel pum pum
que escuchaba a todas horas"

El quinto día algo pasa
-"Por mi ventana algo asoma.
Una mano se me acerca.
Una mano temblorosa.
Pero no le veo la cara
a esa mujer que llora.

¡El pum pum vuelve a escucharse!
¿Es mi madre esta señora?

Cuando me tocó la piel,
yo la noté algo dudosa,
pero ya no cabe duda:
¿Dónde has estado, llorona?

Déjame coger tu dedo
con mi manita rugosa.

Me han dicho que lo has pasado
muy mal, y que estabas sola
con una herida en el alma,
que son las más dolorosas,
al cuidado de los médicos,
enfermeras y matronas.

Pero veo que ya estás
tan bonita y tan garbosa
como te había imaginado.
Como la flor más hermosa.

¡No vuelvas a separarte!
Quiero seguir como ahora,
cogidita de tu mano
y crecer bajo tu sombra".

Orquestación patética

Adriana Roa Avendaño
Categoría Adultos

Pretenden que me enrede en la cocina,
Que la hormiga doméstica
Actúe como una estatua lánguida
Que las estaciones
Sean para adornar
El mantel de una mesa
Las noches
Para arrullar
Un concierto de ollas.

Y mientras tanto
Me voy rompiendo
A pedacitos
Para recogerme
Con las sobras.

Sobras.

Me ocuparé de las migajas que me dejan
La ausencia, la ceniza, la nostalgia.

Seré infinita voz
Imprescindible
En tus horarios grises.

Ave dormida,
Que desvela
Tus ensueños.
Golondrina que escribe
A la memoria.

Narciso.

Arrojada a la gruta
donde el viento
no despeina las ideas,
Y la verdad se pierde
como las piedras
a un pozo sin fondo.

Ya no existen las noches,
Ni duermen ebrios
los corazones,
Todo abrazo que arde,
Es material simbólico
para los museos
donde se exhibe
el amor.

Espero de la vida
en que caen las hojas
despojadas de recuerdos,
Para abrazarme
a ese tronco sin memoria
donde he de vivir para no contradecir
La libertad de los "hombres"

Me prefiero entonces, prisionera.

Papá.

Me decías: no tienen horas
las espigas,
No tienen horas las
fervientes margaritas,
No se cuentan las horas
Cuando danzas en el Tiempo.

Y penetran ahora
en esta alma de avenidas
las oscuras canciones
con que cantábamos
El despertar del Pueblo.

Ya se hizo viejo
el sueño
Languidecieron mis ganas,
Y marcho en furor poético

Solo llegan los arrebatos
a hacerme compañía,
Estoy enferma de horas,
Enferma de luna
Que trabaja,
Del silencio,
Donde todo parece
perdido.

Viejo mío,
yaces húmedo
en mi tempestad
de lágrimas.
Viajo sin ti, al infinito
Y Eterna es mi rabia
Viviendo el tiempo
Sin tu siglo.

Existes?
En palabra? En concepto?
Temblando por la rabia de tanto hueso
Sin palabras?

Que poemas viejos son tus labios,
Que lánguida herida
Es tú nítido recuerdo.

Fuente Vaquero.

Como deshaces la palabra
cuando me derrumbas,
en ese espacio "maldito"
donde se escucha
el rumor de tu pueblo.

Ando por los surcos
en que oliste Alamedas,
Por la tierra que
era ese paisaje abstracto
en que pintabas
ideales.

Ahora gritan
las musas desesperadas
En aquelarres tremendos,
Con las ninfas traviesas.

Y en tus poemas
son tigres
por las selvas
de cemento,
leo ebria,
Tu "Denuncia y Oficina"
Brindando
a la añoranza
de mi adorable Federico.

Cae la tarde por la luz roja de los semáforos,
Y surgen siglas árabes
en las nubes donde imagino
a esa mujer que murió
bailando la danza del vientre,
Mientras caía el misil
De la libertad que no imagina
A la bailarina.

Aún recuerdo mis años
en que todo era asombro
al ver una tela de araña,
O cuando todo era alegría
Si los pájaros
alzaban el vuelo.

Igual que una anciana
Pensaría en su primer beso.
Así ahora son estos recuerdos

Pueblo mío.

Podría escribir motivos alegres,
Podría escribir de los pueblos
Que se ocultan en el horizonte
Con un aire limpio
Que florece en mi pecho.
Escribir de los ríos
Que no se secan sin alma
En la orilla del siglo,
De ese recuerdo en que las abuelas
Hablaban del tiempo,
Para alargar el afecto.

De las calles históricas,
Y en el trabajo noble
Que deja sus huesos
En la historia.

De la calma imperturbable
Y el tráfico tranquilo,
Del paseo a caballo
Y el tú a tú donde todos
Se conocen

Pero, en unos años
Ese poema, sería
Disidente, desfasado,
Sin progreso.

Aquí estoy, en peligro
por exponer mi alma,
La sentencia:
el destierro solitario.

Demencia Senil

María Jesús Núñez Ramírez
Categoría Adultos

Se asoma por la ventana,
un fantasma de lo que fue,
como pájaro enjaulado,
su mirada devora el cielo.
¿Querrá romper el vuelo?

En su sien plateada,
se quedo pintado el tiempo,
paso haciendo mella,
ya no recuerda nada.
¿Querrá ser amada?

Un árbol con muchas ramas,
un día llego a ser,
donde todos anidamos,
para el vuelo emprender.
¿Podré aposarme a él?

Fue su mente arrancada,
como árbol transplantado,
ya no volverá a la tierra,
en donde estuvo sembrado.
¿Cuánto durara mojado?

En sus manos temblorosas,
se forman surcos profundos,
donde se escurre la vida,
como el agua sin rumbo.
¿Dónde llegara dando tumbos?

Una torre era grande
y muros fuertes tenía,
ahora solo es escombro,
en eso se convertía.
¿Se recordara algún día?

Su consciencia vagabundea,
por los rincones de su infancia,
una sonrisa asoma a sus labios,
como si chiquilla fuera.
¿Con quien jugara ahora?

Me mira,
ya no me ve.
Me habla,
no me conoce.
Me acaricia,
ya no me siente.

En sus ojos el vacío
y el frío de ya no ver,
lo que pudo haber sido
y ya no podrá volver.

Memorial a Mario

Roberto Camero Garzón

Categoría Juvenil

Ahora que te has ido,
y que ya no volverás,
ahora que has perecido,
ahora que ya eres mortal,
ahora que nos has dejado,
no puedo recordar,
los momentos más cercanos,
sólo tu presencia fantasmal.

Porque él nos enseñó que hay que ser agua,
que quieta no puedes estar,
porque si estas quieta te pudres,
el agua ha de fluir para el color del cielo reflejar.
Porque somos dos cosas en un camino,
o una piedra, o el viento en libertad,
podemos quedarnos parados y que nos pisen,
o podemos desplegar las alas y volar.

Porque se fue sin despedidas,
porque él acallaba mis penas,
porque nunca en esta vida,
hubo personas más hermosa en la tierra,
porque no hay básica, ni llanto,
ni grito desolado de pena,
que pudiese callar su silencio,
y poder ahuyentar su esquela.
tan hermoso, tan oscuro,
tan extraño e irrisorio,
tan férreo y tan duro,
la perfección en un conjunto aleatorio,
tan inhiesto y tan cercano,
tan modesto y tan humano,
que todos nos preguntamos,
si eras un sueño de verano.

Pues como una primavera,
veloz y fugaz,
como una pequeña edad hielo,
eras tú,
mi cielo particular,
donde podía relajarme,
donde mi propio ser encontrar,
un lugar en el que esfumarme,
alejado de la tierra sin dudar.

Pero cómo se puede saber,
si ya no estás entre nosotros,
cómo vamos a poder,
caminar sin mirar tu rostro,
porque puede que sea muy tarde,
para tu muchas alabanzas contar,
porque es demasiado tarde,
para poder dar vuelta atrás,
porque tu cuerpo se marchita,
cual rosa al viento otoñal,
pero tu recuerdo aquí habita,
y no se borrará jamás,
porque aunque el invierno golpee,
tu lápida escrita si parar,
y la lluvia convierta
tus huesos en cristal,
tus acciones te aseguro,
nunca vamos a olvidar.

Romance de luna clara

Antonio Barril Caballero

Categoría Adultos

Con su cabellera al viento
un jinete galopaba
a lomos de su caballo,
jinete de sol y de agua.

Recorriendo va las tierras
verde-vida de Granada,
su piel morena de sol
y en su boca la palabra.

Puñales de sol dorados,
navajas de luna clara,
le están hiriendo la piel,
le atraviesan la mirada.

Un manto de caracolas
le va cubriendo la espalda.
Camisa le abrocha el viento
que le borra las pisadas.

Vuela buscando sus sueños
de largas noches de almohada,
ramos de amores que un día
le regalaba su amada.

No siente pasar el tiempo,
no siente pasar la nada,
solo busca su figura
asomada a la ventana.

Por fín llegó a su destino,
romance de luna clara,
atrás dejó los caminos
dorados de sol y de agua,
las cabelleras de viento
y los puñales de plata.

Y fué volando en silencio,
asomado a su ventana,
palomas de amor y viento
en el alma de su amada:
amores que antes soñó
en noches de luna blanca.

La Orientadora desorientada

Roberto Camero Garzón

Categoría Juvenil

Creías que yo perdería,
ni tú misma estabas segura.
Creías que me rendiría,
que tenías la verdad pura.
Ahora, vacía la escena,
que todo el muro se derrumba,
que tu pilar de oro es de arena
te aconsejo, para y escucha.
Quiero que rememores todo,
que conozcas la otra versión
mirando con los otros ojos,
sintiendo el otro corazón…
Como millones de huracanes
que desintegran las aldeas,
como millones de gigantes
que desde las nubes acechan
solías gobernar a todos,
solías gobernarme a mí,
decías "puedo espantar monstruos"
pero no podías a ti.
Con las nubes de las tormentas,
el maleficio de los bosques,
los volcanes de magma y piedras,
espada, armadura y estoque
viniste a someter a todos.
El día en que destruí tu tierra,
nunca imaginaste que yo,
que al mundo valdría tan poco
podría volar hasta el sol
con mi meta y logros tan pronto.
Todo crece, todo madura,
mientras que tú ahí permaneces
privada de alguna cordura.
No estoy buscando tu disculpa
no estoy buscando tus excusas,
solo te pido que comprendas
todo lo que me hiciste sentir.
Porque esta infinita lucha
donde nadie tiene culpa,
fui yo el único que perdí.

Cuatro pilares

Antonio Barril Caballero

Categoría Adultos

Cuatro pilares de muerte
sostienen lo hondo del cante:
la liviana, la toná,
seguiriyas y soleares.
Cuatro pilares de pena,
arterias de negra sangre,
seis hilos de negro ritmo,
hondo grito, negros ayes,
desgarros que al alma llevan
adonde no estuvo nadie.
Dolores negros sacuden
a la entereza del aire,
traspasan los corazones,
estremecen los pilares.
Es negra la larga pena,
negra muerte y negra sangre,
duendes negros traen los ecos
de unos remotos lugares.
Liviana que aprieta el pecho,
toná, voz sola con nadie,
seguiriya, hondo dolor,
soleá de negra sangre,
cuatro gritos del pasado
sostienen al hondo cante:
roto dolor, negra luna,
duende negro, negra sangre.

José Ramón Martínez Oyola

Ayuntamiento de
Gerena
www.gerena.es
Juventud

DIPUTACION DE SEVILLA
www.dipusevilla.es

FUNDACIÓN
Cobre Las Cruces